

invierno 2023

***Cuadernos de
Encuentro***

155



EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
Me quiero confesar, <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
Todo es según el color, <i>Luis Fernando de la Sota Salazar</i>	7
De Gaulle como modelo de Nacional-Populismo, <i>Arnaud Imatz</i>	11
Éxitos y limitaciones de una protesta, <i>Manuel Parra Celaya</i>	25
¿Estamos desafiando a Dios?, <i>Gerardo Hernández Rodríguez</i>	31
Del ser al deber ser, <i>Ricardo Martínez Cañas</i>	33
...Y un otoño de insurrección, <i>Pío Moa</i>	37
Contrapunto, Buela-Gambestia <i>Alberto Buela y Carlo Gambescia</i>	40
Unamuno contra la revolución izquierdista, <i>Jesús Laínz</i>	57
12 Octubre 2023, Hispanidad, <i>Paula Alonso</i>	61
Campanas de victoria, <i>Fernando García Teresa</i>	67



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA
Nº 155 - Invierno 2023

EDITA:
CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS
C/. Santovenia, 19
28008-MADRID
secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR
Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE
Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE
Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL
Fausto Heras Marcos

TESORERO
Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES
Luis Buceta Facorro
Fernando Cadalso Preciado
José Manuel Carabaña Ortega
Gonzalo Fernández Suárez de Deza
Carlos Giménez de la Cuadra
Adolfo Iranzo González
Jesús Martínez Martínez
Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR
Antonio Diosdado Serrano
Dalmacio Negro Pavón
Luis Suárez Fernández

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.
Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo una Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

ME QUIERO CONFESAR

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Yo creo en Dios, en el Dios que formó las galaxias y el espacio intergaláctico, y dentro soltó un sinfín de estrellas, astros, cometas, nubes de gas, polvos cósmicos, energía y un montón de cosas más de las que, seguro, todavía no nos hemos enterado. Y que sepamos, hizo un planeta especial, la Tierra, para situar en él al hombre.

Yo creo en Dios, en el que hizo al hombre juntando una plétora de piecitas de muy diferente manera que amasó con una cosa que desde ese momento se llamó agua, para que surgiera la figura que hoy representamos; y de un trocito de hombre hizo la mujer con el fin de que lo acompañara.

Yo creo en Dios, en el que dijo a Adán y Eva que crecieran y se multiplicaran con el fin de que llenaran la Tierra que los había asignado dentro de las galaxias.

Yo creo en Dios Hijo, en Jesús de Nazaret, que el Dios Padre mandó a este mundo nuestro para que lo organizara y dijera a los hombres y mujeres cómo tenían que comportarse, en lugar de como lo estaban haciendo. Y para engendrarlo eligió a María, como su madre en la Tierra.

Estos días estamos celebrando la Natividad del Señor, el Dios hijo de Dios. Con toda mi familia; la que tengo físicamente alrededor y la que nos acompaña desde el reino de Dios, pues, estoy convencido, el Señor los tenía reservado un lugar. Cantaremos villan-



cicos, daré gracias al Todopoderoso por todos los años que me ha permitido estar por aquí, agradeceré especialmente a los médicos que me han cuidado y han sabido hacer todo lo necesario para que siguiera en mi fe, y responderé a mis amigos de su aprecio pues sin ellos no hubiera sido igual.

Pero creo que tengo que confesarme. Porque algo se me pega al estar rodeado de tantas opiniones extrañas, duras, confusas que empujan hacia la duda en la fe, a no cumplir con las normas de la religión en la que creo, a mirar con pasmo casi todo lo que se presenta ante los ojos, a dudar de si unos u otros atinan con sus ofertas, con sus promesas, con sus actitudes, con sus comportamientos, con aquellas mandas y juramentos en los que aprecias escasa verdad, pues te parecen timos para engañarte, ofertas para atraerte... y, en mucho de ellos, estimas se desprenden pecados, escasez de honorabilidad, yerros llenos de imperfecciones... de lo que, sin querer, como decía, algo se pega.

Vivimos en un ambiente confuso, de mentirosos y troleros que vende lo vulgar, lo mezquino y lo miserable como si fuera la oferta más digna, meritoria y plausible. Y cuando lo reflexionas te das cuenta, y cuando escuchas a personas dignas sus puntos de vista y sus creencias dudas, pero cuando lo dejan caer en la radio o la televisión, y cuando aparece reflejado en los periódicos piensas lo contrario. Pues a ti, a mí, en no pocas ocasiones, nos hacen vacilar. Y valorar sin mucha convicción donde está la autenticidad, donde la quimera, donde la falsedad.

Existimos en un tiempo en el que matar a los no nacidos es progresismo. Lo dicen a través de leyes. Y no solo en España sino también en la OMS —nada menos que en la Organización Mundial de la Salud—, en la ONU, en la UE; y cuando Polonia o Rumanía opinan lo contrario, los ponen el veto. En España estamos contentos con la ley del aborto; aunque en el año 2011 se matara a 118.611 no nacidos, y en 2021 se registra haber reducido el número a 90.189; y alargándolo a todo el mundo, se estima 73 millones de abortos los que se producen cada año con el beneplácito de los organismos internacionales: porque estos asesinatos se pueden hacer sin sonrojo. Andamos en guerras absurdas donde se han producido 9.227 muertos, de los que 3.826 son niños (cifras que cambian todos los días, por lo que desde que escribimos esto habrás aumentado considerablemente) en la zona Palestina, y del orden de 1.400 en la zona Israelí. Con razón sollozamos por los muertos y las salvajadas de la guerra, pero comparativamente no son nada comparando con los seres humanos que dejan de existir por medio de los abortos provocados que hemos visto, y que en España rondan los 100.000 anuales.

Aunque con otra dimensión, existe otro conjunto de formas de perder la compañía de compadres que me aqueja, como ha de hacerlo al resto de la humanidad, y son: la eutanasia —mediante la que se fomenta la anticipación de la muerte ya sea por decisión propia ya por decisión familiar— que ha producido 295 óbitos en 2022; los suicidios —muerte de hombres, mujeres y jóvenes por decisión propia ante un hecho que no puede soportar—, que alcanza los 4.003 fallecidos en España en el año 2021 (2.982 hombres y 1.021 mujeres), con la cifra de 176.000 en el mundo por violencia juvenil; y la muerte por la llamada «violencia de género» que, a las fechas que se redactaba este comentario, alcanzaba la cifra de 53 mujeres en el año 2023 —31 por hombres españoles y 22 por extranjeros, dato que no se reflejan en los informes públicos; habiendo otra estadística que refleja que el 68,6% son nacidos en España y

el 31,4% en el extranjero—; a lo que habría que agregar los fallecidos por la «violencia de género femenino», que no se hace público, pero que también existe. Muertes que no deberían existir y que me inclinan a pensar que indirectamente somos culpables todos los mortales, por lo que me debo confesar.

Por otro lado, me noto confundido, insultado, manejado por unos políticos a los que elegimos para que se ocupen de los asuntos de la nación. Para que se eduquen mayores y jóvenes en las normas que han de seguir con el fin de que la convivencia sea correcta; para que adquieran cultura y ciencia para sí y para sus congéneres; para que todos puedan trabajar honestamente con el fin de cumplir los designios de Dios; para que formen una familia y decorosamente la saquen adelante; para que honorablemente lleven los negocios y las arcas del país y eviten rapiñas y sustracciones; para enriquecer el campo y este se convierta en un espacio idílico, bello y fructífero; en resumen, para que la patria sea como una familia bien avenida, honorable, insigne, honrosa y digna, siguiendo los consejos de Jesús, y por lo que fue sacrificado en Cruz por los insidiosos que se enfangaban por la ambición de poder, seguido por los lerdos incapaces de pensar por sí mismos.

Por todo eso creo que me tengo que confesar para echar fuera los malos augurios, las predicciones negativas, las profecías que solo conducen a lo perjudicial, las posiciones que pueden situarte en lo pernicioso, porque, a veces, se adhieren a uno aunque sea en pequeñas dosis.

Pues por el viento o el contacto, como ocurrió con la pandemia, se va pegando en uno lo que porta toda una gavilla de españoles que van corriendo tras las falsedades de sus oráculos. Les hablan de progresismo y lo que presentan y obligan a admitir es todo lo opuesto a lo que realmente es progreso. No se adelanta en mejoras con lo que ofrecen sino que en lo que cacarean percibimos ofertas que no dejan de ser ataques contra lo humanitario, agresiones contra todo lo que es beneficioso para los componentes de la sociedad, para los hombres y mujeres que se pretenden cubrir con un paraguas que pueda revestir lo malo con intenciones de aprovechar lo mejor para todos.

Por el temor de, sin querer, verme impregnado de toda esa porquería que destila la mugre que nos rodea, quiero confesarme. Deseo limpiar mi cobijo de roña porque con ella no puedo hacer el camino que me conduce al encuentro del Dios que me dio la vida para que, después de vivirla honestamente, pueda aspirar a entrar en el Reino. Y con este moho que se va pegando día a día no hay forma de conseguirlo.

Estos días celebramos el nacimiento del hijo de Dios. María ha cumplido el sí que dio al Ángel Gabriel, y Pedro aceptó el papel que el Altísimo le había asignado. Y, dentro de esa familia, el que se llamaría Jesús nació en Belén, disfrutó en los primeros momentos de la paja del pesebre, los pastores fueron quienes inicialmente tuvieron la oportunidad de gozar de su influjo. Luego llegarían los Magos de Oriente a rendirle pleitesía. Había nacido Dios y empezaba su tarea de ir dejándonos, a través de la palabra y acciones, aquello que habría de servir para que, durante nuestra vida, ganáramos el lugar que tenemos reservado.

En su nacimiento y posterior evangelización del pueblo elegido, Jesús nos fue dando muestras de la humildad de su vida, de las palabras sencillas con las que iba dando a conocer lo poco que se precisaba para ganar el Reino de Dios, aunque, eso sí, había que poner en ello todo el sentido que cada mensaje tenía. Cosa que ahora no res-



petamos, damos a las palabras el sentido que nos interesa. Y en cada vocablo hallamos la significación que nos sirve para conseguir sacar adelante nuestros deseos, sean para lucrarnos de lo que no es nuestro, sea para pisar lo que se ponga por delante para llegar a la meta que nos hemos propuesto, sea para hacernos con lo que ansiamos, todo ello sin mirar si el propósito es bueno, si el fin es el adecuado, si ello nos dará la simple felicidad de disfrutar de la paja del pesebre. Pero si juro o prometo las obligaciones del cargo que ejercito con lealtad al Rey, así como guardar y hacer guardar La Constitución como norma fundamental del Estado, empeñando en ello la propia conciencia y el honor, y luego no cumplo, atento contra ella, hago todo lo contrario a lo que sus términos me inducen, la confesión ha de ser profunda, y la penitencia de por vida.

Para saber que estoy limpio de todas esas caídas, creo que me tengo que confesar. Haciendo un buen examen de conciencia. Prometiéndolo, para cumplirlo, que no volveré a caer en los mismos errores, eludiendo los resbalones que son el origen del derrumbamiento.

Así sea. ●

Apuntes polémicos

TODO ES SEGÚN EL COLOR

LUIS FERNANDO DE LA SOTA SALAZAR

El otro día estuve viendo el espectáculo PUY DU FOU en Toledo, y quedé impresionado no solo por el buen hacer de los artistas, sino por el alarde gigantesco de los especialistas de la tramoya, que en segundos y a la vista del público, son capaces, con un juego de luces, unos módulos de madera y cartón hábilmente manejados, y unos cuantos telones pintados con diferentes escenas, transformar un escenario en otro completamente distinto y sumergir a los asombrados espectadores en mundos y situaciones distintas y ficticias pero que parecen auténticas.

Y como uno en estos días está muy políticamente susceptible, y aunque parezca que se está divirtiendo tiene la cabeza en otra parte, sin poderlo remediar, no pude por menos de pensar que algo parecido nos estaba ocurriendo en España.

Que cada vez se notaba más, que nos estaban manejando de igual forma a los españoles, y que el conocido verso de Campoamor, de, «*En este mundo traidor nada es verdad ni es mentira, todo es según el color con que se mira*», era cierto, y que un conjunto de hábiles tramoyistas trileros sin escrúpulos, igual que con su tradicional y conocido juego de los vasitos y la pelotita hábilmente escamoteada, nos estaban engañando y convenciéndonos con sus malas artes, de que todas estas cosas que vemos, oímos y sufrimos no son ciertas, y son imaginaciones nuestras, malos sueños de noches agitadas.

Nada de que los precios de los alimentos hayan subido exageradamente, ni que existan las colas del hambre en las puertas de Cáritas o de las iglesias, ni que el paro juvenil sea el más alto de Europa, ni que la Deuda esté por las nubes, ni que miles de pequeños negocios hayan cerrado o que estén abocados a ello. Todo eso, nos dicen, no solo son fantasías, si no que por el contrario, vivimos en un país de fábula, y no hay más que ver las playas y restaurantes llenos hasta los topes, aunque lo sean por un porcentaje de españoles de alto nivel económico, o endeudados hasta las cejas, que de todo hay, gracias a los desvelos de un gobierno progresista, socialista, y por supuesto democrático. Vendiéndonos una España convertida en un gigantesco y falso escenario, que cuando termine la función, que terminará al igual que el espectáculo que estoy viendo, y se baje el telón, todo se convertirá en un montón de arrugados papeles y cartones.

En algún sitio he leído, que en algunos pueblos de Rusia, sus alcaldes levantaban enormes telones en un gigantesco traspantojo, con multitud de figuras humana saludando y hermosas casas al paso del tren en el que viajaba Stalin, para engañar al «padrecito». No sé si era o no cierto, pero lo que no cabe duda es que nuestros políticos y sus medios afines, se empeñan todos los días en presentarnos, los unos todavía en el poder, una España cada vez mejor, más satisfecha, y más importante en Europa, y los otros, prometiéndonos otra España más unida, eso sí, y con unos valores que ahora



A la cola esperando recibir alimentos

brillan por su ausencia, pero que hasta este momento, solo vemos que el foso se va haciendo cada vez más profundo entre los dos bandos, y la prometida concordia, ofrecida y cacareada por ambos, se transforma en una intransigencia abismal, y un odio, que amenaza con separar otra vez a los españoles de una forma tan peligrosa, que nos recuerdan situaciones que desearíamos no se volvieran a suceder en nuestra patria.

Pero también en otro momento del espectáculo se producía otra similitud con la vida real. Y era la rapidez de las transformaciones.

Yo siempre me suelo quejar en otros artículos, de que la periodicidad de nuestra revista nos impide el poder opinar sobre hechos que ya hace tiempo que han ocurrido, y envidia a los columnistas, que lo hacen todos los días sobre lo que ha ocurrido el día anterior. Pero lo cierto, es que llevamos una temporada en que ni siquiera ellos pueden trabajar al ritmo de la noticia, que puede cambiar en cuestión de horas, y cambiar radicalmente el panorama político.

Tenemos un presidente, que acostumbrado a hacer su voluntad —he estado a punto de escribir coloquialmente como es costumbre española, «su santa voluntad», pero sería un sacrilegio— sin consultar siquiera a sus más allegados, porque no solo cambia de opinión sobre los temas más importantes, diciendo un día una cosa y al día siguiente la contraria, sino que también nos sorprende con una decisión o una ocurrencia que ha surgido en alguno de sus agitados insomnios.

Pero en fin, como todo no puede ser mohina, como dice nuestro rico refranero, cuando falta la harina, preferible es pensar, que hay señales de que, como nos recordaba D. Quijote en sus consejos a un Sancho atribulado por sus desgracia, estas borrascas son señal de que vienen prestos vientos mejores y en calma, y valorando también

que además, la situación de España, a pesar de nuestras preocupaciones, desánimos, y justas irritaciones, no tiene nada que ver con las cosas que nos sucedieron en los años de nuestra segunda república, de triste memoria, aunque parezca que se repiten hechos y situaciones, que son las que nos hacen temer que se pudieran repetir.

Y no es así, por ejemplo, si nos referimos a aquellos barullos de gobiernos sucesivos, en cortísimos espacios de tiempo, no hay color, ni tampoco si lo hacemos al tumultuoso día a día del Parlamento de los años 30, con cruces de insultos, bastonazos y amenazas. Amenazas, que por desgracia, se cumplieron, en la persona del líder de la oposición. Aquí todavía no hemos llegado gracias a Dios a esos extremos, aunque algunas caras y torvas miradas entre las bancadas azules y rojas, parecen presagiar tormentas parecidas. Y si nos referimos a los esperpentos independentistas, e incluso a los altercados y violencias que ahora se quieren perdonar, o hacer desaparecer, bastaría con reproducir algunos párrafos de lo que cuenta que ocurría por aquellos años, el nada sospechoso historiador Salvador de Madariaga, en su ensayo de la Historia Contemporánea, respecto a las andanzas de la CNT en Cataluña, que *«organizaba gradualmente unas milicias que ponían en forma sus energías en columnas volantes que se adentraban por los pueblos catalanes para hacer la “revolución”, es decir, a dar muerte a la gente rica, quemar la iglesia, matar al cura y al registrador de la propiedad»*.

Parece por tanto que afortunadamente, no se pueden comparar cosas como estas, con los esfuerzos de los independentistas actuales, que sospecho se conformarían con seguir enseñando y predicando en catalán, haciendo manifestaciones, echando a la policía española y a la Guardia Civil, y seguir viviendo de la teta española recibiendo cuantiosas indemnizaciones. Y que si lo de la independencia, pudiera significar, un cierre de fronteras, pasaporte para pasar a España, interminables e infructuosas solicitudes a Bruselas para que se les admitiera en la Unión Europea, que el Barsa tuviera que jugar lo que hoy se llama copa del Rey contra el Palafrugell y que sus empresas y los fondos bancarios se fueran a «Madrid» y Valencia, me sospecho que se iban a pensar mucho, pero mucho, lo de la nación independiente. ¡Ay si no fuera por los miles de catalanes patriotas que se baten el cobre allí y no se les puede dejar abandonados...!

Liderazgo

Una de las cosas que más nos irritan a muchos españoles de este gobierno, no es tanto la perversidad manifiesta, o incluso el odio que demuestran muchas de sus acciones, es su demostrada ineptitud para la compleja tarea de manejar los recursos del Estado en sus múltiples facetas. Porque incluso teniendo en cuenta que varios miembros del mismo, presumen de haber terminado determinadas carreras, eso no es suficiente para ejercer tan altos puestos, en la Administración o el Estado, porque les falta la necesaria experiencia y formación para ello. De ahí sus frecuentes y sonoros patinazos, haciendo bueno aquello de que es preferible tener al frente de que un gobierno a un malo listo que a un bueno tonto. Y si se dan las dos cosas juntas pasa lo que pasa.

Y no solo eso se nota en su diario quehacer y en muchos casos deshacer, sino en otra fundamental y natural virtud para brillar en la política que es el liderazgo.

El líder, salvo excepciones, nace. Aunque con su ejercicio se vaya creciendo. Y se manifiesta por su inteligencia, natural o cultivada, aunque no necesariamente esto se corresponda con títulos académicos, sino que se aprecia en sus conocimientos, su

apostura física, su empatía con aquellos a los que quiera liderar, su honestidad personal y política y su facilidad de palabra, con su oratoria. Y si no tiene esas virtudes, capaces de atraer y entusiasmar a sus partidarios, no es un líder.

Se hizo célebre aquella lacónica frase del torero, cierta o apócrifa, que ante la pregunta maliciosa del motivo del nombramiento de gobernador civil de uno de sus colegas, contestó: *Degenerando*.



A la cola del Gobierno

Porque esto del liderazgo hace ya mucho tiempo va ocurriendo en España, y ese apelativo se lo van colocando a cualquiera que ostente o detente cualquier puesto de poder por raquítico y escaso que ande, de las virtudes anteriores que siempre han definido al auténtico líder.

Líderes fueron por poner ejemplos, y por su inteligencia y excepcional oratoria a finales del siglo 19 Emilio Castelar, y a principios del siglo pasado, Azaña, Alcalá Zamora, Indalecio Prieto, y en otro nivel, Dolores Ibarruri, o Pablo Iglesias por la izquierda, y Calvo Sotelo o Gil Robles por la

derecha, y como independiente Ortega. Más tarde José Antonio Primo de Rivera, y ya en el régimen anterior, Fernández Cuesta, Fernando Suárez o Martínez Esteruelas... ¿Y hoy? Un auténtico páramo. Ausencia, con pocas excepciones, a nivel nacional y regional en nuestra clase política, de conocimientos propios, de dicción y vocalización y por supuesto de ingenio, lo que se llama cultura parlamentaria, es decir, largos y penosas intervenciones casi siempre leídas en la chuleta de wikipedia que les han facilitado los fontaneros o asesores correspondientes y muy poco más. Así estamos. ●

DE GAULLE COMO MODELO DE NACIONAL-POPULISMO

MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

ARNAUD IMATZ

Historiador, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Derecho y Ciencias Económicas

Más allá de las virtudes del líder y del hombre, demasiado raramente presentes, sigue siendo necesario subrayar el indiscutible atractivo del pensamiento gaullista

El destino de las figuras políticas más brillantes es inevitablemente ser aduladas y vilipendiadas durante su vida, y luego mitificadas, explotadas e incluso a veces demonizadas tras su muerte. En el mundo hispanohablante, la brillante y efímera figura del joven líder de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, es un ejemplo casi perfecto. En Francia, el caso del líder militar de mediana edad y luego anciano presidente de la República, Charles de Gaulle, no es menos típico. La comparación entre los dos hombres merecería una larga y sustancial elaboración, tan sorprendente como instructiva. Sin embargo, nos limitaremos aquí a un breve análisis y descripción del pensamiento y la actuación del líder francés, dejando que el lector hispanohablante saque sus propias conclusiones sobre la cercanía y lejanía de las ideas políticas de ambos hombres.

De Gaulle es, sin duda, el líder político francés más mitificado del siglo xx¹. No hay político ni periodista francés de renombre que no haya rendido en un momento u otro un sentido y consensuado homenaje al «gran hombre». A menudo honrado, al menos en apariencia, por una serie de adversarios expertos en manipulación, el legado gaullista ha sido sobre todo tergiversado, desvirtuado y negado por la mayoría de los llamados discípulos o seguidores. Para decirlo sin rodeos, en cincuenta años, el pensamiento gaullista ha sido vilmente traicionado, vaciado de su sustancia y reducido a una actitud convencional. La retórica banal de «amor a Francia», «rechazo de la fatalidad», «en un mundo nuevo y cambiante», repetida por tantos pseudoadmiradores del General, no ha tenido otra función que disfrazar su abandono y su renuncia.

De Gaulle y sus adversarios

De Gaulle fue criticado en vida en privado, o traicionado en la sombra, por los tres Judas que fueron Pompidou, Chirac y Giscard d'Estaing. Finalmente fue derrocado por una coalición de comunistas, socialistas, demócrata-cristianos y liberales que, al igual que los empresarios y la burguesía de negocios, estaban hartos de «la grandeza de Francia». Después de Charles de Gaulle, el gaullismo fue deliberadamente disfrazado, reducido a un vulgar pragmatismo oportunista, mezcla de neoliberalismo (Balladur, Sarkozy), neosocialdemocracia (Chirac) y tecnocracia (Juppé). La ironía suprema es

¹ Véase el número 4, Hors-Série, de la revista de Michel Onfray, *Front Populaire, Quoi de neuf? De Gaulle! Une politique de civilisation*, octubre 2023.

que, de Gaulle, modelo de soberanista irreductible y paladín de la independencia nacional, fue alabado por los más ardientes defensores de la ideología globalista, del federalismo europeo, de la pertenencia a la OTAN y de la protección-sumisión al imperio estadounidense. Un ejemplo reciente es el homenaje escrito que Emmanuel Macron rindió al General el 9 de noviembre de 2020: «Cincuenta años después, el vivo recuerdo del General de Gaulle sigue siendo una fuente de inspiración para nuestra Nación, nuestra República. Que encontremos en estos lugares, en sus elecciones, las huellas que nos permitirán construir nuestra acción por Francia. Con fidelidad».

Palabras, palabras... más palabras, más palabras... La última paradoja es que cualquier personaje público, desafortunado o inconsciente, que se atreviera a retomar las afirmaciones y negaciones soberanas del General, sus opiniones y palabras marcadas por el sello de la independencia, la libertad de expresión y el inconformismo, hoy sería inevitablemente juzgado «políticamente incorrecto» y no dejaría de sufrir la censura de los medios de comunicación, una omertá de larga duración; en ocasiones, incluso podría ser procesado y condenado.

En la opinión pública francesa, de Gaulle es considerado un gigante entre enanos. Sin duda, los tratos injustos e inhumanos infligidos a los franceses en Argelia y a los harkis ensombrecen su historial (es cierto que la ideología del victimismo no era la de nuestros antepasados, y menos aún la de los principales protagonistas de las dos guerras mundiales), pero en términos históricos las cualidades del General como hombre de Estado no pueden discutirse. Lo que es más cuestionable es el elogio unánime al que se entrega la clase política y mediática francesa en el umbral del siglo XXI. Es, reconozcámoslo, una fuente de hilaridad y de indignación para las personas de mi generación que vivieron los años sesenta. Seamos realistas: si en su día hubo muchos opositores y enemigos del presidente Charles de Gaulle, hoy hay tantos o más que detestan «su idea de Francia».

¿No fue de Gaulle objeto de las peores recriminaciones en vida? ¿Acaso los gaulófobos de izquierda y de derecha no estaban siempre dispuestos a fulminar contra la ambición, la presunción, la vanidad, la arrogancia, el egocentrismo, el rencor, el resentimiento, la ingratitud, la mezquindad, el divisionismo, el despotismo, etc., del «Con-nétable» (condestable), del «Sot en Hauteur» (tonto de altura), del «Double-Mètre» (doble metro), del «Grande Asperge» (larguirucho)? ¿No lanzaron los mismos increpaciones e invectivas increíbles contra el «nacionalista fanático», el «americanóphobo patológico», el «aliado del FLN argelino», el «aliado del comunismo», el «servidor del totalitarismo», y contra el «representante de la tendencia nacionalista del capitalismo monopolista», el «garante conservador del capital», el «general fascista», el «dictador» o el «aprendiz de dictador»?

Perdonar no es olvidar. Recordemos pues, sin acritud, que, si bien de Gaulle tenía sus admiradores, también federaba odios terribles. A menudo visceral, este odio animaba, por supuesto, a los petainistas de derecha e izquierda y a los partidarios de la Argelia francesa, pero también unía a la derecha americanófila, conservadora, liberal y democristiana, a la extrema derecha atlantista y nacionalista europea, a la izquierda socialista y a la extrema izquierda (comunistas ortodoxos, trotskistas y maóístas).

En Londres, durante la Segunda Guerra Mundial, los redactores de la revista *France Libre* y algunos locutores de *Radio-Londres*, que contaban con el beneplácito del Departamento de Estado estadounidense, ya eran ferozmente hostiles a de Gaulle.

Los vichyistas del norte de África no eran menos hostiles. Los resistentes del interior de Francia tampoco apoyaban unánimemente al general. Durante mucho tiempo, la autoridad del líder de la Francia Libre fue objeto de debate en el seno de los Aliados; los estadounidenses e incluso los británicos buscaron hasta el final un representante francés más dócil y menos intratable. Y de Gaulle no se equivocaba: «Hasta el último día de la guerra», dijo, «habremos tenido que luchar también en ese frente». «Pero hay que decir que, en una guerra de alianzas, cada aliado lucha su propia guerra y no la de los demás». Y de nuevo, con realismo: «Los ingleses que murieron liberando Francia dieron su vida por Gran Bretaña y por el Rey. Los americanos que murieron liberando Francia murieron por los Estados Unidos de América y por nadie más. Al



El encuentro de dos Generales

igual que todos los franceses que murieron en un campo de batalla, incluso por la independencia de los Estados Unidos de América, murieron por Francia y por el rey que la personificaba». Sobre el desembarco del Día D, dijo sin rodeos veinte años después: «El desembarco del 6 de junio fue un asunto anglosajón, del que Francia quedó excluida. Estaban decididos a instalarse en Francia como si fuera territorio enemigo. Como acababan de hacer en Italia y estaban a punto de hacer en Alemania. Habían preparado su AMGOT que debía gobernar soberanamente Francia mientras sus ejércitos avanzaban. Habían impreso su moneda falsa, que se habría puesto en circulación a la fuerza. Se habrían comportado como en un país conquistado. ¡Eso es exactamente lo que habría ocurrido si yo no hubiera impuesto, sí impuesto, mis comisarios de la República, mis prefectos, mis subprefectos, mis comités de liberación! ¿Y quiere que vaya a conmemorar su desembarco, cuando fue el preludio de una segunda ocupación del país? ¡No, no, no cuente conmigo! No me importa que las cosas sigan su curso con elegancia, ¡pero ése no es mi sitio! ¡Los franceses ya están demasiado inclinados

a creer que pueden estar tranquilos, que lo único que tienen que hacer es dejar que otros defiendan su independencia! ¡No debemos alentarles en esta ingenua confianza, que luego pagan con ruinas y masacres! Debemos animarles a confiar en sí mismos» (Palacio del Elíseo, 30 de octubre de 1963).

Los historiadores saben hoy que, sin de Gaulle, Francia habría vivido bajo el yugo de una administración militar provisional estadounidense, el tristemente célebre AMGOT (Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados). El presidente estadounidense planeó incluso entregar la orilla izquierda del Ródano a Italia y parte de los departamentos del norte y el este de Francia a una entidad neerlandesa-belgo-luxemburguesa creada de la nada con el nombre de Valonia. En definitiva, ¡nada menos que lo que podría haber hecho Hitler de haber ganado la guerra!

En la larga lista de antagonistas que de Gaulle tuvo durante su vida política, encontramos los nombres de prestigiosos militares y avezados políticos como Darlan, Giraud, Weygand, De Lattre, Juin, Herriot, Reynaud, Thorez, Duclos, Marchais, Monnerville y Soustelle, Mendès France, Mitterrand, Pleven, Lecanuet y Jean Marie Le Pen, así como grandes intelectuales como Aron y Sartre, y célebres escritores y periodistas como Jacques Laurent, Beuve-Méry, Jean Daniel, Françoise Giroud, Servan Schreiber y muchos otros. Si de Gaulle tenía a la prensa audiovisual de su lado, tenía a toda la prensa escrita en su contra, a todas las figuras destacadas del periodismo. La violencia de sus críticas alcanzó a veces cotas increíbles. Sartre y de Beauvoir, los Thénardier de la filosofía (según la feliz expresión de Michel Onfray), se distinguieron en el género sin arriesgar su carrera. El autor de *Les mains sales* nunca dejó de llamar a de Gaulle «fascista», «chulo reaccionario», «pedazo de mierda», «imbécil», «bastardo» y «cerdo», mientras que el General, quizá demasiado consciente de la dignidad de su cargo, se empeñaba en respetar al «filósofo» izquierdista. El liberal-conservador Raymond Aron nunca perdonaría a de Gaulle su comentario sobre Israel como «un pueblo de élite, seguro de sí mismo y dominante», hecho el 27 de noviembre de 1967, seis meses después de la Guerra de los Seis Días.

Está claro que, a la clase política y mediática, la casta u oligarquía, no le gustaba de Gaulle. No soportaban que se apoyara directa y muy democráticamente en el demos, el pueblo soberano. «Para mí, decía el General, la democracia es exactamente lo mismo que la soberanía nacional. La democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo, y la soberanía nacional es el pueblo ejerciendo su soberanía sin trabas» (Conferencia, Londres, 27 de mayo de 1942). Y de nuevo en 1958, a raíz de la reciente adopción de la Constitución: «El pueblo tiene la primera palabra, puesto que elige a los dos poderes, y la última, puesto que resuelve su conflicto». Pero realista y clarividente, deploraba con razón que «[...] muchos profesionales de la política [...] no pueden resignarse a ver al pueblo ejercer su soberanía sin intermediarios suyos [...]».

De Gaulle y los gaullistas tenían sin embargo una ventaja apreciable: reunían a políticos de procedencias y convicciones muy diversas: jacobinos-centristas, gestores conservadores, liberales reformistas, radicales, socialdemócratas, republicanos de izquierda (Capitant, Hamon, Vallon), incluso de extrema izquierda, intelectuales independientes, tecnócratas, monárquicos maurrasianos y nacionalistas discípulos de Péguy o Barrès. El gaullismo sociológico fue mucho más allá de los electorados de derecha moderada (liberal-conservadora y demócrata-cristiana) y de derecha radical, aglutinando a una parte importante del electorado de izquierdas, atraído por el

carisma del General, pero también y sobre todo por su voluntad de conciliar orden y progreso.

De Gaulle era admirado por resistir contra viento y marea. Su tenacidad y perseverancia siempre parecían destinadas a triunfar al final. Contrastaba con la mediocridad de sus rivales por sus actos, su carisma, su energía, su voluntarismo, su rectitud, su honradez y su moralidad. En comparación, sus sucesores palidecen hasta la insignificancia, son todos liliputienses cuando no mediocres. El General encarnaba al hombre de Estado incorruptible y recto que desconfiaba del lujo y del dinero, aborrecía las prebendas, los privilegios y las estratagemas, y se tomaba el honor de pagar de su bolsillo las facturas de electricidad de sus pisos privados del Elíseo. Pero más allá de las primeras y evidentes explicaciones, que tienen que ver con las virtudes del líder y del hombre, demasiado raramente presentes en los clanes políticos, sigue siendo necesario subrayar el indiscutible atractivo del pensamiento gaullista. El gaullismo es un modelo de tercera vía entre el liberalismo y el socialismo; es una defensa exigente e irreductible de los intereses de la nación por encima de los intereses de los partidos de derecha y de izquierda.

El General tenía en poca estima a los políticos (los llamaba los «politi-chiens», un juego de palabras francés mezclando políticos y perros) ni a los de la III República, ni a los de la IV República, fueran de derechas o de izquierdas. No le gustaba la derecha «rutinaria», que «no quiere cambiar nada», «no entiende nada» y «no quiere al pueblo», ni la izquierda del «Frente Popular, que acabó en capitulación: la abdicación de la República en manos de Pétain», «la izquierda a la que no le gusta el Estado». Partidario de un régimen con un ejecutivo fuerte, siempre chocó con los socialistas, comunistas y democristianos, que no querían saber nada de él. Se enfrentaba a toda la vieja casta dirigente de la Tercera República, la que se creía definitivamente desacreditada por la derrota y la Ocupación pero que, a pesar de todo, resurgiría al final de la Segunda Guerra Mundial para apoderarse de nuevo de los grandes resortes del Estado. Esta casta dirigente quería perpetuar el sistema de partidos y asambleas sin reformarlo realmente; de Gaulle, en cambio, denunciaba incansablemente el sistema de partidos exclusivos y todo lo que se pareciera a la restauración de la Tercera República.

Apenas cinco meses después del fin del conflicto mundial, el 20 de enero de 1946, el líder de la Francia Libre se vio obligado a dimitir como primer Ministro. Para él, el vaso estaba lleno: «El sistema de partido exclusivo ha vuelto. Lo desapruebo. Pero, a menos que instaure por la fuerza una dictadura que no deseo y que sin duda saldría mal, no dispongo de medios para impedir este experimento. Así que tengo que retirarme».

La referencia al «poder personal» o incluso a la «dictadura» era el leitmotiv de sus adversarios. Pero, paradójicamente, de Gaulle demostró claramente al pueblo francés que su republicanismo y su democratismo eran más profundos y sinceros que los de sus adversarios y sucesores. Tras su digna dimisión en 1946, fue con no menos elegancia, y sin el menor comentario, como dejó el cargo de presidente en 1969, al día siguiente de un referéndum sobre la reforma del Senado y la regionalización que fue rechazado por el 52,41% de los votos.

Otros presidentes no han tenido los mismos escrúpulos. En 1986, cuando las elecciones legislativas llevaron al poder a una mayoría de derechas, François Mitterrand, tan crítico con las instituciones de la V República, permaneció en el cargo y tomó como

primer ministro a Jacques Chirac, instaurando así la primera cohabitación antinatural y estéril. En 1997, tras la desafortunada disolución de la Asamblea Nacional, Chirac también permaneció en el cargo y tomó como primer ministro al socialista Lionel Jospin. De nuevo, en 2005, tras perder el referéndum sobre el proyecto de Constitución europea, Chirac se cuidó de no tomar la vía de la salida. Duro crítico de la política «antinacional» de la «Europa federal» y del «partido de los extranjeros» durante el llamamiento de Cochín en 1978, y crítico de la «Europa supranacional», la «Europa tecnocrática» y la «Europa molusco» en 1979, Chirac fue uno de sus más firmes defensores veinte años después. Acreditado junto a su ministro Villepin por su actitud gaullista contra la guerra de Irak (2003), prefirió después enmendarse optando deliberadamente por la sumisión más total a Washington. Como decía el ministro Edgar Faure, y antes el revolucionario Camille Desmoulins, «no es la veleta la que gira, es el viento». En 2007, nada más llegar al poder, Sarkozy anunció que Francia se reincorporaría a la OTAN, a pesar de que de Gaulle la había retirado ventajosamente en 1966. Ese mismo año, con la ayuda de centristas y socialistas, Nicolas Sarkozy hizo ratificar por la Asamblea Nacional el Tratado de Lisboa sobre la nueva Constitución Europea, pese a que había sido rechazado por el pueblo en el referéndum del 29 de mayo de 2005. Desde entonces, no se han vuelto a celebrar referendos... Fue François Hollande quien, en 2016, hizo ratificar el Protocolo de París de 1952 que organiza el estatuto jurídico —en realidad la extraterritorialidad absoluta— de las bases de la OTAN en Francia [Sólo un diputado de LR (Les Républicains, partido supuestamente gaullista) votaría en contra de reactivar este protocolo, caduco desde que de Gaulle obligó a los GI y a sus familias a hacer las maletas en 1967].

Otro ejemplo de la distorsión antidemocrática de las instituciones republicanas es la utilización por Emmanuel Macron del artículo 49.3 de la Constitución para imponer al pueblo francés la reforma de las pensiones. Este artículo fue diseñado originalmente, más concretamente por Michel Debray, para garantizar que el interés nacional y la legitimidad popular prevalecieran sobre el gobierno de los partidos y no para aplicar leyes rechazadas por la mayoría del pueblo. De Gaulle prefería al pueblo a la representación parlamentaria poniendo en juego su responsabilidad democrática. Consultar regularmente al pueblo era lo que él consideraba la forma más democrática de reconstruir su legitimidad. Pero desde entonces, a los grandes dirigentes políticos de derecha y de izquierda no les ha importado lo mínimo.

A fin de cuentas, el «poder personal» de Charles de Gaulle era mucho más democrático que el de sus rivales y falsos discípulos. El poder de estos últimos ha sido mucho más claramente oligárquico que el del fundador de la V República.

Dicho esto, las instituciones son sólo un aspecto del pensamiento gaullista. Entonces, ¿qué es el pensamiento gaullista? Para responder seriamente a esta pregunta, hay que tomarse la molestia de examinar los escritos, discursos y testimonios del General, y no limitarse a los comentarios interesados y distorsionadores de autoproclamados «especialistas» que sólo quieren ver en él una especie de teórico de las circunstancias excepcionales.

¿Qué es el pensamiento gaullista?

En el corazón del pensamiento de Charles de Gaulle está el deseo de conciliar la idea nacional con la justicia social. De Gaulle sabía que la libertad, la justicia social y el bien público no podían alcanzarse sin defender simultáneamente la soberanía y la

independencia nacional (política, económica y cultural). Pasión por la grandeza de la nación, aspiración a la unidad nacional, elogio de la herencia de la Europa cristiana, reivindicación de una Europa de Brest a Vladivostok, resistencia a toda dominación extranjera (americana o soviética), retirada de la OTAN, no alineamiento en la escena internacional, democracia directa (sufragio universal y referéndum popular), anti-parlamentarismo, tercera vía que no fuera ni capitalista ni colectivista, planificación indicativa, «ordoliberalismo», asociación o participación capital-trabajo, inmigración selectiva y preferencia nacional: estos eran los principales ejes del gaullismo.



De Gaulle entra en París al finalizar la guerra

Los numerosos vínculos que de Gaulle forjó en los años 30 con diversos círculos políticos e intelectuales contribuyeron a la formación del tercerismo gaullista. Debido a sus raíces familiares, de Gaulle se vio influido desde muy joven por el doble catolicismo social (el de los tradicionalistas, como Armand de Melun, Albert de Mun y René de la Tour du Pin, y el de los liberales, como Ozanam y Lamennais). También había leído a Maurras en la década de 1910, como muchos oficiales de su generación; su padre también estaba suscrito a *Action Française*. Pero, aunque se identifica con la primacía de la política exterior, la visión tradicional de la lucha entre Estados, la indiferencia ante las ideologías que pasan mientras las naciones permanecen, y aunque comparte el antiparlamentarismo, el Estado fuerte y la exaltación de la independencia nacional de Maurras, de Gaulle rechaza el «nacionalismo integral» y el antisemitismo de Estado del «maestro de Martigues». Prefiere la filosofía de Bergson, la mística de la idea republicana de Péguy y el nacionalismo republicano de Barrès (autor de *Les diverses familles spirituelles de la France*). Al igual que Barrès, defiende la idea de una historia nacional unitaria que incluye el Antiguo Régimen y la Revolución de 1789, en la que la República es un hecho. Suscriptor de los *Cahiers de la Quinzaine* antes de la Primera

Guerra Mundial, de Gaulle reivindica expresamente a Péguy como uno de sus maestros. Tampoco hay que olvidar a uno de sus autores favoritos, Chateaubriand, a quien leyó y relejó durante toda su vida.

En los años treinta, de Gaulle frecuentaba el salón literario de Daniel Halévy, historiador y ensayista, gran conocedor de Proudhon (anarquista), Sorel (sindicalista-revolucionario) y Péguy (nacionalista católico). También asistía a las reuniones del círculo de un viejo militar retirado, partidario de Dreyfus e inconformista, el coronel Émile Mayer. Cercano a la izquierda socialista, Mayer le presentó a varios políticos, además de a su futuro amigo, el abogado Jean Auburtin, entre ellos Paul Reynaud, Joseph Paul-Boncour, Marcel Déat, Édouard Frédéric-Dupont, Camille Chautemps, Alexandre Millerand y Léon Blum. También gracias al coronel Mayer entró en contacto con el personalista y «no-conformista» Daniel-Rops (Henry Petiot).

Simultáneamente, de Gaulle participó en reuniones y coloquios de la Ligue de la Jeune République, resurgimiento político, tras su condena por Pío IX, del Sillon, el movimiento católico progresista de Marc Sangnier. En 1933, participa en los debates organizados por *L'Aube*, periódico cercano a la CFTC (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos), que más tarde dirigirá Georges Bidault (presidente del Consejo Nacional de la Resistencia en 1943 y uno de los líderes de los partidarios de la Argelia francesa en 1962). En 1934, de Gaulle se suscribió a la revista *Sept*, fundada por los dominicos, y luego, en 1937, a su sucesor, el semanario *Temps présent*, al tiempo que se unía a los Amigos de Temps présent. Abiertamente católicas, estas dos revistas y este círculo eran políticamente de centro-izquierda. Por último, y sin duda mucho más importante que sus contactos con los representantes de la Democracia Cristiana, de Gaulle frecuenta los miembros de la asociación cultural *Ordre Nouveau*. Asistía regularmente a las reuniones de la O.N., un grupo de reflexión personalista que, junto con la Joven Derecha y la revista *Esprit*, formaba una de las tres principales corrientes de los «no-conformistas franceses de los años treinta». La O.N. pretendía ser una tercera vía social, anti-individualista y antiolecionista, anticapitalista y anticomunista, patriótica pero no nacionalista, tradicionalista pero no conservadora, realista pero no oportunista, socialista pero no materialista, personalista pero no anarquista y, por último, humana pero no humanitaria. La economía, tal como la conciben los redactores de *Ordre Nouveau*, debe incluir tanto un sector libre como un sector sujeto a planificación. El planteamiento «ni de derechas ni de izquierdas» de la revista y del grupo O.N. se fijó como objetivo poner las instituciones al servicio del individuo, subordinar al hombre un Estado fuerte y limitado, moderno y técnico.

De hecho, las aspiraciones políticas sustentadas en los temas de la «civilización de masas» y la «sociedad tecnocrática» eran compartidas por un gran número de intelectuales europeos de los años treinta que no eran reaccionarios, sino que buscaban una síntesis, una reconciliación en forma de superación dialéctica. Como todos estos pensadores, de Gaulle no era en absoluto un conservador reaccionario. Acepta la civilización de las masas y la tecnología; no hay en él nostalgia pastoral. El gaullismo y el personalismo de los no-conformistas de los años 30 sólo diferían en su concepción de la nación: la defensa de Gaulle de la unidad, la independencia y la soberanía de la nación se oponía al federalismo europeo del movimiento personalista. Sin embargo, de Gaulle siempre quiso defender una doctrina política en la misma línea que la de los personalistas, marcada por el deseo de trascender la división derecha-izquierda.

Durante toda su vida, de Gaulle trató de encontrar un nuevo sistema, una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo. En 1966, en un momento en que parecía interesado por el ordo-liberalismo de Walter Eucken y Wilhelm Röpke, escribió a Marcel Loichot, autor de *La réforme pancapitaliste*: «Quizá sepa que siempre he buscado a tientas una forma práctica de lograr un cambio, no en el nivel de vida, sino en la condición del trabajador. En nuestra sociedad industrial, todo tiene que empezar de nuevo, al igual que el acceso a la propiedad en nuestra antigua sociedad agrícola». A lo largo de su vida, se negó a situarse en el eje izquierda/derecha. Para él, la izquierda y la derecha no eran más que referencias políticas completamente ajenas: «Ser gaullista, dijo en 1965, es no ser ni de izquierdas ni de derechas, es estar por encima de todo, es estar por Francia». «No hay gaullistas ni de izquierdas ni de derechas. Ser gaullista es ser de izquierdas y de derechas al mismo tiempo, ya me entiende, al mismo tiempo». Y de nuevo: «Francia es todo a la vez, son todos los franceses. ¡Francia no es la izquierda! ¡Francia no es la derecha! [...] Ahora, como siempre, no estoy ni de un lado ni de otro, estoy por Francia» (15/12/1965).

En los años 30, de Gaulle no consideraba que la cuestión social fuera primordial. Pero su pensamiento social surgió en Londres, durante los años de la guerra, tras un largo silencio. El primer discurso del General en el que aparece la cuestión social fue en el Albert Hall, el 15 de noviembre de 1941. El discurso de Oxford, el 25 de noviembre de 1941, es también esencial para comprender su pensamiento, porque en él habla del papel de la máquina, del advenimiento de las masas y del conformismo colectivo, todo lo cual socava las libertades individuales. La economía es ciertamente importante, pero no es más que un medio para alcanzar un fin superior. Por consiguiente, cualquier sistema en el que la economía sea un fin en sí mismo, ya sea el capitalismo salvaje o el colectivismo totalitario, queda descartado. El gaullismo postula la primacía del hombre sobre la economía, sobre la técnica y sobre cualquier sistema doctrinario.

Presidente del Comité Francés de Liberación Nacional (CFLN) desde octubre de 1943, de Gaulle firmó la ordenanza sobre la organización de los poderes públicos el 21 de abril de 1944, que incluía la concesión del derecho de voto a las mujeres, y la ordenanza por la que se creaba la seguridad social el 30 de septiembre de 1944. La autoría de la seguridad social por parte de de Gaulle ha sido a veces discutida, pero fue él quien dio el impulso. Otras promesas de guerra se cumplieron rápidamente: la creación de la Comisión de la Energía Atómica, la nacionalización de las fábricas Renault, la nacionalización de los grandes bancos de depósito y de la Banque de France, la nacionalización del transporte aéreo, la creación de comités de empresa, la extensión y unificación de las ayudas familiares, del seguro de enfermedad y accidentes y de los sistemas de pensiones para los asalariados, etc. En realidad, todas estas reformas se explican más por la voluntad y la determinación de Charles de Gaulle que por el programa del Consejo Nacional de la Resistencia (15 de marzo de 1944), elaborado por los miembros de los ocho movimientos de la Resistencia, entre ellos el PCF y la SFIO socialista.

Despreciativo de «la clase charlatana, chismosa y parlanchina», duro crítico de la incoherencia, la ineficacia y el espíritu de abandono de la izquierda, el General denuncia sin piedad la estupidez y el inmovilismo de la derecha. Sus críticas más agudas iban dirigidas a las clases privilegiadas, a la burguesía del dinero y del saber, a la que juzgaba con demasiada frecuencia displicente, malsana y gangrenada, y a sus portavoces

en la fauna periodística. «El pueblo llano tiene reflejos sanos. Percibe dónde están los intereses del país. No suele equivocarse. En realidad, hay dos burguesías. La burguesía adinerada, que lee *Le Figaro*, y la burguesía intelectual, que lee *Le Monde*. Las dos forman una pareja. Comparten el poder. No me importa que sus periodistas estén en mi contra. Incluso me molestaría que no lo estuvieran. Lo lamentaría si lo estuvieran. Lo lamentaría, ¡me oye! El día que *Le Figaro* y *L'Immonde* (el inmundo) me apoyen, lo consideraré un desastre nacional».

Firmemente apegado a la tradición colbertista, cree que nada importante puede hacerse en Francia sin que el Estado tome la iniciativa. «El mercado, dice, tiene sus cosas buenas, prima a los mejores, anima a la gente a superarse a sí misma y a los demás. Pero al mismo tiempo crea injusticias, establece monopolios, fomenta las trampas. Así que no se ciegue ante el mercado. No crea que resolverá todos los problemas por sí solo. El mercado no está por encima de la nación y el Estado. Son la nación y el Estado los que deben estar por encima del mercado. Si el mercado reinara, serían los estadounidenses los que reinarían; serían las multinacionales, que no son más multinacionales que la OTAN. Todo es una tapadera de la hegemonía estadounidense». El Estado tiene los medios, tiene que utilizarlos. «El objetivo no es secar las fuentes de capital extranjero», prosigue, «sino impedir que la industria francesa caiga en manos extranjeras. Hay que impedir que la dirección extranjera se apodere de nuestras industrias. No podemos confiar en la abnegación o el patriotismo de los directores generales y sus familias, ¿verdad? Es demasiado fácil para el capital extranjero comprarlos, pagar a sus hijos y yernos en buenos dólares...». «Me importa un bledo BP.



De Gaulle con Adenauer

«¡Me importan un bledo BP, Shell o los anglosajones y sus multinacionales! [...] Éste es sólo uno de los muchos casos en los que el poder de las llamadas multinacionales, que en realidad son enormes máquinas anglosajonas, nos ha aplastado a nosotros, a los franceses en particular, y a los europeos en general [...] Si el Estado no toma cartas en el asunto, nos abandonarán a nuestra suerte».

En su opinión, el Estado tiene el deber de estimular la economía concertada y establecer la participación de los trabajadores en la vida de la empresa. Para evitar una situación de antagonismo permanente entre patronos y obreros, la asociación capital-trabajo, la participación, tema particularmente querido por el General, debía aplicarse a tres niveles. En primer lugar, la participación en los beneficios. En segundo lugar, la participación en la plusvalía del capital, para que los trabajadores se conviertan en copropietarios. Por último, la participación de los directivos y de todos los asalariados en la gestión de la empresa. El empleo asalariado, es decir, el empleo de un hombre por otro, «no debe ser la base definitiva de la economía francesa, ni de la sociedad francesa», dijo de Gaulle, «por dos razones: en primer lugar, por razones humanas, por razones de justicia social; y en segundo lugar, por razones económicas, ya que este sistema no permite ya a los que producen tener la pasión y la voluntad de producir y crear». Está claro, pues, que este tipo de relación no puede formar parte ni del liberalismo ni del socialismo marxista. Así pues, está claro que la posición gaullista, en la medida en que repudia el totalitarismo colectivista, por un lado, y el *laissez-faire* y la ley de la selva, por otro, sólo puede basarse en los principios de una economía concertada. Significativamente, la ruptura definitiva del General con la burguesía empresarial se produciría después de 1968, cuando quiso aplicar su gran política de «participación» o de asociación del capital y el trabajo.

El General no era antieuropeo, como querían hacer creer sus adversarios serviles a Estados Unidos y a la OTAN. Quería Europa, pero no cualquier Europa. De hecho, era muy consciente de lo que representaba: los vínculos históricos entre los pueblos, más allá de sus discordias y conflictos, y las extraordinarias contribuciones que cada uno de ellos había hecho al patrimonio mundial del pensamiento, la ciencia y el arte. En sus *Memorias*, no duda en subrayar el «origen cristiano» y el carácter excepcional de la herencia europea. «La naturaleza de una civilización —decía de Gaulle— es la que se construye en torno a una religión. Nuestra civilización es incapaz de construir un templo o una tumba. Se verá obligada a encontrar su valor fundamental, o se descompondrá» (3 de junio de 1956). La fe católica de Charles de Gaulle era profunda y, como diría su hijo, «el motor de su vida, pero nunca hizo alarde de ella». Se confesaba regularmente en una residencia de ancianos cerca de Colombey-les-deux-Églises. Cuando asistía a misa como jefe de Estado, se negaba a comulgar porque entonces era la encarnación del Estado en la Iglesia. En privado, sin embargo, comulgaba con regularidad, siempre acompañado de su esposa, que nunca faltaba a la misa dominical. Durante un viaje a la URSS, no dudó en pedir que se abriera la catedral de Leningrado, cerrada desde hacía casi cincuenta años, para poder asistir a un oficio y mostrar su apoyo a la Iglesia rusa, reprimida por las autoridades soviéticas.

Su idea de Europa y de los Estados nación difería radicalmente de la de sus oponentes socialdemócratas y democristianos, como Alcide De Gasperi, Paul-Henri Spaak, Robert Schuman y Jean Monnet (a quienes los archivos de la CIA describen «elegantemente» como *hired hands* o sea asalariados / mercenarios o manos contratadas).

Mientras que ellos soñaban con una federación, cuya consecuencia sería eludir al máximo la soberanía popular y vaciar a la democracia de todo contenido real, de Gaulle quería una confederación. Mientras ellos tenían la vista puesta en absorber Europa en una comunidad mayor, la comunidad atlántica, él quería una entidad continental independiente y soberana. «Cada pueblo es diferente de los demás, incomparable, inalterable, afirmaba de Gaulle. Debe seguir siendo él mismo, tal como su historia y su cultura lo han hecho, con sus recuerdos, sus creencias, sus leyendas, su fe, su voluntad de construir su futuro. Si quiere que las naciones se unan, no intente integrarlas como castañas en un puré de castañas. Hay que respetar la personalidad. Hay que acercarlas, enseñarles a vivir juntas, hacer que sus gobernantes legítimos se consulten, y un día confederarse, es decir, poner en común ciertas competencias, permaneciendo independientes para todo lo demás. Así se construye Europa. No lo haremos de otro modo». «Los nacionalistas —decía también— son los que utilizan su nación en detrimento de los demás; los nacionales son los que sirven a su nación. Respetando a los demás. Somos nacionales. ¡Es natural que los pueblos sean nacionales! ¡Todos los pueblos lo son! [...] Es sirviendo a su país como mejor se sirve al universo; las más grandes figuras del panteón universal fueron ante todo grandes figuras de sus países».

La idea de una «Europa del Atlántico a los Urales», de una Europa liberada del condominio americano-soviético, de un «nuevo orden europeo», de una independencia real de toda Europa frente al mundo exterior, es fundamental en la visión gaullista del futuro mundo multipolar. «Llevamos a cabo la primera descolonización hasta el año pasado. Ahora pasaremos a la segunda. Tras haber dado la independencia a nuestras colonias, ahora vamos a independizarnos nosotros. Europa occidental se ha convertido, sin darse cuenta, en un protectorado de los americanos. Ahora debemos librarnos de su dominio. Pero la dificultad estriba en que los colonizados no tratan realmente de emanciparse». Sin la obsesión por emancipar a Europa de su posición de satélite de Estados Unidos, es imposible entender la política exterior del general de Gaulle, ni su salida del sistema de la OTAN, «mero instrumento del mando americano», ni su hostilidad al «privilegio exorbitante» del dólar como reserva internacional (que da a Estados Unidos el poder de pagar sus deudas con su propia moneda, que sólo él puede emitir), ni su negativa reiterada a aceptar la solicitud de adhesión de Gran Bretaña al Mercado Común, ni su obstinada lucha en favor del arancel exterior común y de la preferencia comunitaria. «Si los occidentales del Viejo Mundo siguen subordinados al Nuevo», dijo el General, «Europa nunca será europea, ni podrá nunca unir sus dos mitades». «Nuestra política», confió a su ministro y portavoz, Alain Peyrefitte, «le ruego que lo aclare: es lograr la unión de Europa». Si me interesaba reconciliar a Francia y Alemania, era por una razón muy práctica, porque la reconciliación es la base de toda política europea. Pero ¿qué tipo de Europa? Debe ser verdaderamente europea. Si no es la Europa de los pueblos, si se confía a unos pocos organismos tecnocráticos más o menos integrados, será una historia para profesionales, limitada y sin futuro. Y serán los norteamericanos quienes se aprovechen de ello para imponer su hegemonía. Europa debe estar in-de-pen-dente». Para el General, estaba claro que Europa Occidental necesitaba aliados sólidos para hacer frente a los peligros del comunismo. Pero, a sus ojos, existía también una segunda amenaza igualmente formidable: la hegemonía estadounidense.

Por tanto, había que construir Europa sin romper con los estadounidenses, sino

independientemente de ellos. Para aclarar aún más su pensamiento, de Gaulle añadió: «Europa sólo puede construirse si existe una ambición europea, si los europeos quieren existir por sí mismos. Del mismo modo, para existir como nación, una nación debe primero tomar conciencia de lo que la diferencia de las demás y debe ser capaz de asumir su destino. El sentimiento nacional siempre se ha afirmado frente a otras naciones: un sentimiento nacional europeo sólo podrá afirmarse frente a los rusos y los americanos». Lo que critica a los anglosajones es querer crear una Europa sin fronteras, una Europa de multinacionales, puesta bajo la tutela definitiva de América, una Europa en la que cada país perdería su alma. Siendo realista, prosigue: «América, lo quiera o no, se ha convertido hoy en una hegemonía mundial [...] Desde la Segunda Guerra Mundial, la expansión americana se ha hecho irresistible. Precisamente por eso debemos resistirnos a ella». Y de nuevo: «Los europeos nunca recuperarán su dignidad mientras sigan corriendo a Washington para recibir sus órdenes. Podemos vivir como un satélite, como un instrumento, como una extensión de Estados Unidos. Hay una escuela que no sueña con otra cosa. Simplificaría mucho las cosas. Aliviaría las responsabilidades nacionales de quienes no son capaces de asumirlas...». «Ésa es una opinión. No es la mía. No es la de Francia [...]. Tenemos que seguir una política que sea la de Francia [...]. Nuestro deber no es desaparecer. Ha habido momentos en los que nos hemos borrado momentáneamente; nunca nos hemos resignado a ello [...]». «Tanto la política de la Unión Soviética como la de Estados Unidos acabarán en fracaso. El mundo europeo, por mediocre que haya sido, no está dispuesto a aceptar indefinidamente la ocupación soviética por un lado y la hegemonía estadounidense por otro. Esto no puede durar eternamente. El futuro está en el resurgimiento de las naciones». ¡Palabras premonitorias! La OTAN, que debería haber desaparecido al mismo tiempo que el Pacto de Varsovia en 1991, se convertiría con el tiempo en la fuerza policial internacional que conocemos hoy, encargada ante todo de proteger los intereses de Estados Unidos. En vano, ya en la década de 1990, famosos realistas políticos norteamericanos como Henri Kissinger, John J. Mearsheimer, George Kennan, Paul Nitze, Robert McNamara y muchos otros advirtieron de las dramáticas consecuencias de la desacertada expansión de la OTAN hasta las fronteras de Rusia. No serán escuchados. La agresión-invasión de Rusia contra Ucrania en 2022 no puede explicarse sin una cronología honesta de los antecedentes del conflicto.

Apegado como estaba a la nación francesa, sean cuales sean sus componentes, de Gaulle se habría indignado ante quienes hoy se niegan a dar preferencia a los franceses. «En el preámbulo de la Constitución de 1958», recordaba, «el pueblo francés proclama solemnemente su apego a los derechos humanos y al principio de soberanía nacional». «Artículo 1: Se garantiza a todos los ciudadanos la igualdad ante la ley. No se menciona a los demás. Así pues, el ciudadano tiene prioridad, independientemente de su procedencia». Y de nuevo: «¿No nos corresponde a nosotros, antiguos colonos, que permitimos a nuestros antepasados dar preferencia a la población, exigir hoy que se dé preferencia a los franceses en su propio país? La negativa provoca el racismo».

El 24 de agosto de 1958, en Brazzaville, de Gaulle inició el proceso de descolonización del África negra proponiendo que una Comunidad de Estados Franco-Africanos autónomos sucediera al imperio colonial. Catorce Estados africanos francófonos se independizaron. En el caso más complejo y doloroso de Argelia, parece que la posición del General estaba dictada en particular por la necesidad de proteger a Francia

del Islam conquistador que Malraux le había descrito. En marzo de 1959, dos meses después de su instalación en el Elíseo, de Gaulle habló a Alain Peyrefitte de sus razones para ofrecer la independencia a Argelia. «Es estupendo que haya franceses amarillos, franceses negros y franceses morenos. Demuestran que Francia está abierta a todas las razas y tiene vocación universal. Pero a condición de que sigan siendo una pequeña minoría. De lo contrario, Francia dejaría de ser Francia [...] Somos ante todo un pueblo europeo de raza blanca, cultura griega y latina y religión cristiana. No nos engañemos. ¿Ha ido a ver a los musulmanes? ¿Los han visto con sus turbantes y chilabas? Como puede ver, ¡no son franceses! Los que abogan por la integración tienen cerebro de colibrí (piensa entonces en su ex amigo Soustelle), aunque sean muy cultos». «La integración es un truco para que los musulmanes, que tienen una mayoría de diez a uno en Argelia, se encuentren con una minoría de uno a cinco en la República Francesa. Es un juego de manos pueril. Creen que pueden atrapar a los argelinos con este truco. ¿Se les ha ocurrido que los árabes se multiplicarán por cinco y luego por diez mientras la población francesa permanece casi estática? ¿Habrán doscientos, luego cuatrocientos diputados árabes en París? ¿Se imaginan un presidente árabe en el Elíseo?» «Mi pueblo ya no se llamaría Colombey-les-deux Églises, sino Colombey-les-deux Mosquées». «La gente quizá se dé cuenta de que el mayor de todos los servicios que pude prestar al país fue separar Argelia de Francia; y que, de todos ellos, fue el que me resultó más doloroso. En retrospectiva, comprenderemos que este cáncer iba a acabar con nosotros. Reconoceremos que la «integración», la posibilidad que se diera a diez millones de árabes, que pasarían a ser veinte, luego cuarenta [ahora son más de 42 millones, n.d.l.a.], de instalarse en Francia como si fuera su propia casa, sería el fin de Francia».

Ningún político de hoy se atrevería a abrir un debate con tales argumentos sin correr el riesgo de caer bajo el cuchillo de los censores e inquisidores, guardianes de lo políticamente correcto, o peor aún, sin sufrir inmediatamente la ira de la ley. Pero así era de Gaulle, auténtico líder político de espíritu libre e independiente.

Luchador clarividente y decidido, a menudo decepcionado, pero siempre animado por el sentido del deber, el General se quejaba a veces en privado de la falta de ambición de los franceses, demasiado a menudo sumidos en la pasividad. En 1968, en una conversación con el africanista Jacques Foccart, le confió sin rodeos: «Doy o intento dar a Francia el rostro de una nación sólida, decidida a expandirse, mientras que es una nación perezosa que sólo piensa en su comodidad, que ya no quiere historia, que ya no quiere luchar [...] es una ilusión perpetua. Estoy en el escenario de un teatro y finjo creer en ello, hago creer, creo que lo consigo, que Francia está decidida, unida, cuando no es nada de eso [...] así que ahí lo tienen, dirigiré el teatro mientras pueda y después de mí no se engañen, todo se vendrá abajo y todo pasará». Sin duda un diagnóstico pesimista, pero que podría hacerse extensivo a toda la Europa actual. Dicho esto, para de Gaulle la lucha nunca es en vano, puede frenar el declive y es sobre todo el cumplimiento de un deber.

Por eso es difícil no sentir desprecio por la cohorte de impostores que han mitificado su memoria, para mejor traicionarla y enterrarla. Pero no importa, muchos de sus lectores y seguidores no han olvidado las esperanzadoras palabras de sus *Mémoires de Guerre*: «Como todo vuelve a empezar, todo lo que he hecho será, tarde o temprano, fuente de nuevo ardor después de mi desaparición». ●

ÉXITOS Y LIMITACIONES DE UNA PROTESTA

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

1. Yo, manifestante y observador

Asistí, por supuesto, a la gigantesca manifestación de Barcelona, el día 8 de octubre, en protesta ciudadana por las inminentes concesiones de Pedro Sánchez a los condenados por el golpe de Estado de 2017. En ese año, las convocatorias a *salir a la calle* fueron numerosas y constantes, con el importante matiz que las *nuestras* nunca quemaron contendores ni mobiliario público, ni asolaron las avenidas y plazas, ni cristalizaron en forma de violencia alguna contra los portadores de *esteladas* y lazos amarillos.

Ahora, en 2023, de nuevo, se ha tocado a rebato, en clara rebelión contra la amnistía, el retorno de rositas del fugado Puigdemont, la autorización de *referéndums de autodeterminación*, la cesión de las oficinas tributarias y de la Seguridad Social, y Dios sabe cuántas cosas más, todo por un *puñado de votos* para reanudar la funesta experiencia de un gobierno *Frankenstein*. Cuando escribo estas líneas, es imposible conocer cuántas muestras de rechazo ciudadano se irán convocando si se cumplen los agoreros pronósticos en la política nacional, pero me malicio que pueden ser varias y de que el paisanaje será incapaz de aguantar en silencio y persistirá en la protesta callejera. Otra cosa es que esta presión de la *sociedad civil* influya en los propósitos y designios de la *sociedad política*, tanto autonómica como general. Será cosa de ver cuando se publique este artículo...

De momento, el día 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, de la Hispanidad y Fiesta Nacional de España, se repitió una manifestación —algo más menguada por el *punte*— y volví a darme un baño de masas y de ondear de banderas.

La manifestación del día 8 fue un éxito: ciudadanos de todas las edades y condiciones, familias enteras y, sobre todo, muchos jóvenes, adolescentes algunos de ellos, me imagino que *supervivientes* de la *inmersión ideológica* escolar; en definitiva, un público entusiasta y variopinto, entre indignado y festivo, portador de enseñas nacionales y catalanas, algunas enarboladas en astas improvisadas y otras a modo de capas o indumentos complementarios.

En estos casos, me suele ocurrir que desdoble mi personalidad, por decirlo así; una de ellas está integrada con la multitud; la otra es observadora, como testigo circunspecto y poco dado a corear las improvisaciones de algunos manifestantes.

2. Las razones de mi protesta personal

Con las manifestaciones, me ocurre lo mismo que con la propaganda, la cual, según un viejo dicho *nunca hay que fiarse, y menos de la propia*; a estas alturas de la vida, no me

siento cómodo entre multitudes, pero ello puede achacarse a una manía, a la añoranza permanente de la organización metódica, a la disciplina y a la ordenación casi ritual. Me ocurre otro tanto con los grandes espectáculos e incluso con las procesiones religiosas, salvo aquellas en que los cofrades y capataces desfilan armoniosamente con cirios y oraciones previstas, al compás de tambores.

A pesar de estos condicionantes intransferibles, he asistido y asistiré a las convocatorias que se me formulen en nombre de valores concretos y definidos, en esta caso, la unidad de España, la igualdad de los españoles y el cumplimiento de las leyes justas. Me desazona el panorama que estoy viviendo, y valoro especialmente qué sociedad y qué nación puedo legar a mis hijos y a mis nietos de persistir estas situaciones como las vigentes.

Comparto, por todo ello, las motivaciones que han sacado de sus apacibles hogares a miles y miles de ciudadanos como yo, como no podía ser menos, pero me asalta la duda, sin embargo, de si me integro plenamente en las expresiones de su entusiasmo; por supuesto, acostumbro a hacer omisión (vigilante) de los convocantes, en tanto que confío en que coincidan —en lo fundamental— con mis propios valores y criterios. En todo caso, el panorama de tantas rojigualdas en mi Cataluña es sobremanera gratificante de entrada.

Mi *yo observador* y crítico se fija muchas veces, y en el caso concreto que comento, en aspectos que suelen pasar desapercibidos para otros. En primer lugar, desdeño de todo corazón, las expresiones aisladas de mal gusto y chabacanería, inevitables en todo acto de multitudes: lo festivo o lo indignado, la alegría y la protesta, no tienen por qué ser correlativos ni equivalentes a lo tosco y lo vulgar; este repudio descansa, lo sé, en pruritos muy íntimos, que en este caso de llaman *estilo*...

En segundo lugar, he observado que la mayoría de eslóganes y de gritos espontáneos se centran en la negatividad, en el «no» (a la amnistía para los condenados, a Pedro Sánchez por sus trucos de trilerero, a Puigdemont...), con escasa relevancia de las afirmaciones positivas y rotundas. En punto al *estilo* al que he aludido, observé con alegría que unos cuantos jóvenes portaban banderas españolas en las que se había escrito, con fuertes trazos en negro, el lema «Viva la unidad de España», quizás en clara (o desconocida) evocación de aquella histórica pancarta que portaba el catalán Roberto Basas en la manifestación madrileña de octubre de 1934 y que presidía un tal José Antonio Primo de Rivera.

En cuanto al resto, traduje que los españoles que desfilaban por las calles barcelonesas estaban de acuerdo *en lo que no querían*, pero difícilmente se podía adivinar *qué era lo que querían* como alternativa válida; cada uno tenía sus ideas y su alma en su almario recóndito.

3. Simplificaciones y señuelos

Sí, de acuerdo, España era lo primero para todos, según se deducía; pero, ¿qué proyecto de España? También, por supuesto, la defensa de la Constitución amenazada y que estaba a punto de ser conculcada por el propio Gobierno español, según todos los indicios, y por un puñado de españoles *malgré lui*, los que precisamente intentaban romper España.

Pero un texto legal, por muy perfecto que sea, no puede ser el desiderátum final de

una mayoría de ciudadanos que, presumiblemente, *no la ha leído*, al modo de aquellos manifestantes decimonónicos cuyo grito de guerra era un *¡Viva la Pepa!*, y que tenían vagas noticias de lo acordado en las Cortes de Cádiz de 1812.

Estamos de acuerdo en que, en las circunstancias actuales, parece que no queda más remedio que aferrarse a la del 78 y a las instituciones que consagra, pero habría mucho que hablar sobre ese texto constitucional. Por mi parte, no dejo de pensar que *de aquellos polvos vinieron estos lodos*; quiero decir que el *revival* del nacionalismo separatista a estas alturas y muchos de los problemas que nos aquejan en este momento, incluidos los que motivaron el *procés*, la declaración de la fugaz *república catalana* y la consiguiente aplicación meliflua del artículo 155, provienen de una Ley de Leyes que fue redactada apresuradamente y que contenía, además, el *caballo de Troya* del disparate de introducir el término *nacionalidades* junto al de *regiones*; no olvidemos que voces previsoras, eruditas y patriotas —como la del recordado Julián Marías— ya advirtieron del dislate; si a ello añadimos las incongruencias del redactado del título VIII, ya tenemos la *madre del cordero*.

Tengo para mí que, desde ese momento, España quedó inerte ante los proyectos de su disolución en taifas autonómicas gobernadas por los nacionalistas, que fueron creciendo en influencia y poder a medida que los sucesivos gobiernos, de derechas y de izquierdas, sin excepción, fueron alimentando los despropósitos secesionistas con silencios y omisiones culpables (cuando no complicidades inexplicables), con concesiones y dádivas en busca siempre de los apoyos parlamentarios.

En ningún momento se plantearon esos gobiernos la superación de los nacionalismos regionales *por elevación*, es decir, mediante la construcción de un Estado verdaderamente democrático, fuerte, creyente en sí mismo y gestor y motor de un atractivo proyecto de vida en común, que asegurara la justicia y la igualdad entre los españoles, la integridad territorial y la libertad para cooperar al bien común, y no para disolver España y romper la convivencia.

De este modo, la clasificación oficial entre *«independentistas»* y *«constitucionalistas»* suena a falsedad, en tanto a los primeros —que así se autodenominan— les conviene mejor el rotundo apelativo de *separatistas*, mientras que parece que los segundos tienen recelo y temor (¡ay, el respeto ajeno!) de llamarse, llana y sencillamente, *patriotas españoles*. Recuerdo que, en los *años de plomo* de la ETA y de *Terra Lliure*, los medios consagraron la clasificación entre *demócratas* y *violentos*, mientras el arma arrojadiza de unos contra otros y viceversa era el de *fascistas*...

4. La *mística* de la protesta ciudadana

Vuelvo a mis impresiones como manifestante de a pie y como *observador* crítico. El día 8 de octubre, a lo largo de la carrera, grandes altavoces intercalaban los eslóganes mencionados con canciones que pretendían ser sugerentes del espíritu del día: *«España, camisa blanca de mi esperanza»*, de Ana Belén y Víctor Manuel, *«Para la libertad»*, de Serrat (desde 2017, *bête noir* para los separatistas), *«Resistiré»*, de Carlos Toro, cantada por el Dúo Dinámico.

¿Resistir? Flaca consigna. Me hace recordar aquel lema histórico del Frente Popular en la guerra civil: *«Resistir es vencer»*, o el mucho más cercano de los momentos álgidos de la pandemia, cuando esta canción pretendía ser una invitación al optimismo.

¿Se trata de *resistir* o de rebatir, de rechazar, de refutar, de afirmar... y de vencer? Escasa moral de victoria puede encerrar un simple *resistir* en unas trincheras ciudadanas, que, por otra parte, no son apoyadas económica y estratégicamente por la mayor



Los españoles se encuentran con la Cibeles

parte de la *sociedad política*, que solo asiste o convoca manifestaciones con un afán partidista.

Los manifestantes, por su parte, coreaban el futbolero «¡Español, español, soy español...!» (esta vez no escuché el estribillo del «y viva España» de Manolo Escobar); extemporáneos gritos a favor de la Guardia Civil o de la Legión completaban el panorama, pero, por encima de todos ellos, los eslóganes *oficiales* de «No en mi nombre»z o «Amnistía no», que poco eco iban a tener en los oídos de Pedro Sánchez.

En ningún momento quiero ser negativo o juzgar a los convocantes y, mucho menos, al pueblo catalán, que acudió a la llamada con el entusiasmo que he mencionado. Pero mi última reflexión me llevó a terrenos que, según algunos amigos con quienes los comenté mientras caminábamos bajo la sombra de las banderas, estaban cercanos a lo utópico. Trataban de la necesidad de trasladar el espíritu de la manifestación al *día a día*; de no quedarse en sacar la rojigualda del fondo del armario en un caluroso día festivo de octubre, sino de que lo que representa fuera un testimonio vital, diario,

Bien estaba y está ese salir a la calle (y no solamente *para comprobar que tu coche no ha sido rayado*, Pérez-Reverte dixit); bien está la protesta popular cuando comprobamos que la dirección que llevan nuestros políticos no se corresponde con nuestras

aspiraciones y necesidades, o, como en este caso, cuando están en juego supremos valores que afectan a nuestra convivencia o a la misma existencia de España como nación unida; pero pueden resultar poco útiles, insuficientes, si no se dan otras acciones.

5. Importancia del día a día

En efecto, cabe preguntarnos sobre la actitud de muchos de los manifestantes en su vida diaria, en los días laborables, en el seno de sus familias, en el trabajo, en las improvisadas tertulias del café, o en los recreos de los colegios e institutos, en el caso de los adolescentes y de la multitud de jóvenes ardorosos en la manifestación.

Se me ocurren una serie de consideraciones, que no alcanzan la categoría de consejos, pues no soy nadie para darlos y menos si entran, según algunos amigos, en el fácil ámbito de la utopía.

- Asociarte a tus afines. No estar solo, rumiando protestas. Actualmente existe en Cataluña (y en el resto de España) un abundante *tejido social* formado por asociaciones cívicas, nacidas precisamente al margen de los partidos políticos, que han probado su utilidad para la protesta, y, además, para la afirmación de unos valores. El asociacionismo de este tipo es variado y multiforme; su carácter variopinto puede resultar, por una parte, un hándicap, pues los acuerdos y desacuerdos están a la orden del día (es difícil aplicar entre españoles aquello de *la unión hace la fuerza*), pero, por la otra, al basarse en tendencias o ideologías distintas, permite que cada ciudadano pueda adscribirse a una o a otra entidad de su preferencia. La pluralidad de opciones puede ser positiva, siempre y cuando sus dirigentes y representantes tengan la suficiente generosidad para advertir dónde están las coincidencias en lo fundamental.
- Dentro de este asociacionismo cívico, cobra importancia el estrictamente juvenil; la formación en valores, en este caso, nacionales, es esencial; existen —nos consta— grupos y entidades que precisamente están teledirigidas por el nacionalismo separatista, alguna de ellas bajo coberturas *a lo divino*; pero también nos consta la existencia de unas en cuyas sedes y actividades sigue persistiendo, teórica y prácticamente, la bandera nacional y cuyos valores son la antítesis del egoísmo particularista.
- Hay que tener el valor de que nuestras afirmaciones o nuestras discrepancias con lo que nos ofrecen desde los medios no se queden en el círculo de los *propios*, en forma de endogamia; he mencionado la palabra *valor* en el sentido de *valentía*, pues sigue pesando mucho aquello del *respeto ajeno*, del temor a que te señalen con el dedo o te adjetiven de buenas a primeras con fáciles despectivos, al oponerse a esa supuesta *mayoría*. Muchas sorpresas nos llevaríamos al comprobar cuántas personas nos apoyarían, primero tímida pero luego apasionadamente... No hay que bajar la voz cuando comentamos nuestras opiniones.
- Quienes tienen hijos en edad escolar no deben permanecer callados o pasar desapercibidos (*quien calla otorga*) en reuniones de asociaciones de padres de alumnos o en las convocatorias del propio centro escolar. Este fenómeno del *silencio* me fue

dado observarlo hace algunos años, y la disconformidad existía, pero solo se manifestaba en los corrillos posteriores a la reunión.

- Siguiendo con el tema de la educación de los hijos, quizás sea el momento de que, a la obligada ayuda paterna o materna a la hora de los deberes escolares (cuando existan) o en el repaso de las lecciones de las lecciones impartidas en el aula se una *educación familiar propia*, que sea capaz de contradecir y contrarrestar, planteando dudas o mostrando evidencias, la mediatización que pueden ofrecer algunos libros de texto u opiniones vertidas por *intelectuales orgánicos* en forma de profesores; si existe la libertad de cátedra, también existe el derecho de las familias a educar a los hijos según sus valores.
- Es conveniente no perder la ocasión que te ofrezcan las diversas normativas para dirigirte a las Administraciones públicas, siguiendo los cauces formales y exigiendo tus derechos cuando sean conculcados, por ejemplo en el ámbito lingüístico. Este aspecto se ha puesto de manifiesto infinidad de veces, cuando las prácticas impunes del nacionalismo gobernante han hecho mangas y capirotos de los decisiones de los Tribunales con respecto al uso del español en las comunicaciones a los ciudadanos.
- Hacer uso de las redes sociales a nuestro alcance para crear o ayudar a difundir contenidos serios y adecuados a cada ocasión. De momento, el control de estas redes está en pañales y solo se ejerce cuando los mensajes son delictivos, y no es este el caso; también en estos casos, el criterio personal —en mi caso, aconsejado por la racionalidad y el *estilo*— evitaremos las *fake news*, la chabacanería o el insulto.
- Dejo en último lugar el recurso de las cartas a los periódicos, sin desestimarlos del todo, pues muchos sabemos por experiencia que la *selección* de lo publicado obedece a instrucciones rígidas y severas de la línea editorial o del grupo de presión económico o político que esté detrás de la publicación a la que dirijamos nuestras opiniones. La censura siempre está al acecho...

Todos estos puntos, y aquellos que puedan quedar a disposición de cualquier ciudadano, componen ese *día a día* que completa el sentido de una manifestación callejera. Lo importarte lo componen algunos conceptos claros que no se dan por desgracia: el sentido crítico, el valor de manifestar una disconformidad y una rebeldía, la afirmación de unos valores y el *disentir* de una corriente impuesta en lugar de *consentir* calladamente.

Entonces sí tendrá sentido y eficacia *salir al aire*, corear eslóganes o canciones, hacer ondear banderas y contribuir, así, a transformar una sociedad paciente y sumisa. ●

¿ESTAMOS DESAFIANDO A DIOS?

GERARDO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Doctor en CC. PP. y Sociología

Hace poco más de dos años, cuando llevábamos uno sufriendo el ataque del Covid-19, cuando no se nos iba de la cabeza la duda de cual habrá sido su origen e intencionalidad en aquellos laboratorios de Wuhan, en la lejana China, cuando estábamos viviendo situaciones que no ha mucho nos parecerían insólitas y propias de una película de ciencia ficción y reflexionábamos sobre la fragilidad, la soberbia y la prepotencia del ser humano, nos preguntábamos, si todo aquello no sería la consecuencia de querer el ser el ser humano más que Dios con ciertos experimentos y ciertas prácticas, queriendo decidir sobre cómo y cuándo crear vida, cómo y cuándo nacer o cómo y cuándo morir¹.

Hoy nos volvemos a plantear el mismo interrogante al conocer, por el *Diario de Mallorca*, una noticia que no por ser nueva es ya sorprendente vistas las cosas de las que estamos siendo testigos. El lunes 30 de octubre nació en Mallorca el primer bebé de Europa gestando dos mujeres a la vez. Se llama Derek, ha pesado 3,3 kilos y nació en el hospital Juaneda Miramar, empleándose una técnica denominada *Sistema Invo-cell*, que permite compartir el desarrollo del embrión entre dos mujeres, pudiéndose gestar así el hijo de manera compartida.

Se trata de dos mujeres de 27 y 30 años, respectivamente, en las que se ha aplicado esta técnica consistente en colocar bajo el cuello uterino de una de las dos un dispositivo que funciona como una especie de incubadora. Allí se desarrolla durante los primeros días el embrión y, una vez desarrollado, los médicos se lo extraen para implantárselo en el útero de la otra mujer. Sería la primera vez que se consiguiera realizar esta técnica con éxito en Europa y el embrión se desarrolla dentro del cuerpo en lugar de en un laboratorio.

En esta sociedad, —básicamente en la occidental—, se están tratando de «normalizar» ciertos hechos y conductas por el sólo hecho de que sean frecuentes o relativamente frecuentes. Se trata de convencernos de que son normales y naturales hechos y conductas que, incluso, pueden ser consideradas como desviaciones de la naturaleza, porque así interesa a lo «políticamente correcto» y a ciertas tendencias, doctrinas o ideologías que han de imponerse y prevalecer por encima de valores por los que se ha conducido durante siglos la civilización cristiana. Y quien no pasa por este aro es estigmatizado, excluido y expulsado fuera del círculo cerrado en torno al pensamiento único.

Es indiscutible que la ciencia es importante, positiva y necesaria y desde la misma se ha de trabajar en pos de una humanidad mejor, pero creemos que, en ningún caso, ha de servir como pretexto para prácticas que pueden ir más allá de las reglas de la

¹ HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, G.: «Valores y actitudes en tiempos de catástrofes». *Cuadernos de Encuentro* n° 144, Club de Opinión Encuentros, págs. 26-30 Madrid, Primavera 2021.



¿Es admisible la doble maternidad?

naturaleza ni para amparar un pretendido «progresismo» pues no siempre lo legal es legítimo o justo, ni ese «progreso» encaja dentro de las más elementales nociones de la ética. Cambio y evolución, sí, pero no a cualquier precio.

Es evidente que nuestra sociedad, fundamentalmente la occidental como ya se ha señalado más arriba, se está descristianizando y, aun teniendo en cuenta las poderosas influencias ajenas en tal empeño, esa descristianización se está produciendo desde dentro y no sólo desde la perspectiva religiosa sino también desde la social y la cultural.

Se dice que todos los seres vivos somos hijos de Dios, pero parece que, para las tendencias actuales propias de determinadas ideologías, algunos lo son más que otros (si es que creen en Él). Así hay que priorizar el bienestar y hasta la salud psicológica de los denominados «seres sintientes», mientras que, para esos mismos adoctrinadores, parece que la vida humana carece de valor, como demuestra el hecho de que se den casos de niños recién nacidos arrojados a un contenedor de la basura o se produzcan, solamente en España y en el año 2022, 98.316 abortos provocados.

No se reconoce en el ser humano la obra de Dios, se practica la manipulación genética y el ser humano, incluso en la etapa embrionaria en la que ya hay vida y vida humana, es objeto de experimentación en los laboratorios, aunque los fines puedan ser, al menos, cuestionables. Los que sirven a los fines perseguidos se utilizan y de los demás se prescindir como si de desechos orgánicos se tratara. De alguna manera, se desafía a Dios en su obra, en la naturaleza y pretendemos ser los dueños y los decisores en la vida y en la muerte. ●

DEL SER AL DEBER SER

RICARDO MARTÍNEZ CAÑAS

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

En cualquier situación, ante cualesquiera circunstancias, nos vemos en la necesidad de elegir, entre múltiples posibilidades, una concreta y personal conducta. Sólo podemos vivir realmente una, la elegida, lo cual conlleva la postergación y renuncia a todas las demás. Elegir hacer lo que se debe es una de las opciones, la más perfecta y moralmente preferible, pero no siempre la más apetecida. Y ese previo decidir se hace especialmente difícil y preocupante en momentos como los actuales, cuando uno se ve sometido a grandes, rápidos y cuestionables cambios. Pero, aun así, el criterio no cambia, según muestran los siguientes ejemplos que de ello selecciono antes de ocuparme de nuestro presente.

Al llegar la Edad Moderna, cuando Jorge Manrique escribe sus preciosas *Coplas a la muerte de su padre*, ocurrida el año 1476, con la imprenta recién inventada (1455) y en plena transición del espíritu religioso y teocéntrico de la Edad Media al humanismo individualista del Renacimiento, señala, por una parte, el común destino igualitario de todas *nuestras vidas* (las de grandes, medianos y chicos), que, con su continuo y cambiante fluir, *son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir*, según él dice; pero señala también las diferencias individuales entre quienes, como su padre, obran debidamente y quienes no, pues *cumple tener buen tino*, advierte, *para andar esta jornada sin errar*. Es decir, para ser y obrar *como debemos* (que no suele ser acorde con la *vida delectable*), y ganar así, como su padre, el *galardón* de la autoestima y *fama gloriosa y duradera* en este mundo, y la *imprecedera* Gloria del otro.

Pérez Galdós se plantea esta cuestión en 1876, tras iniciarse, con Alfonso XII, la Restauración monárquica que pone fin a la vorágine vivida en España durante el llamado Sexenio revolucionario, de 1868 a 1874. Lo hace en su *Episodio Nacional* titulado *7 de Julio*, día en que, el año 1822, se había producido la rebelión de la Guardia Real de Fernando VII contra la Constitución de 1812, que este Rey, tras haberla declarado nula en 1814, había jurado seguir *francamente* en 1820. Es decir, dos momentos históricos (el subsiguiente a dicho Sexenio, en el que Galdós escribe, y el de 1822, al que se refiere) turbados por graves contraposiciones, que Galdós dice semejantes. En ellos el inexorable acto humano de elegir entre el deber y lo demás, se hace más confuso, y puede uno dejarse arrastrar por egoísmos u otras pasiones, como de hecho le ocurre al protagonista galdosiano¹, pese a mostrarse consciente de ello cuando dice, debatiéndose en la duda: «¡Dichoso el pájaro en la jaula! (...). Ese sabe que no puede salir, y está libre de un gran tormento: la elección del camino»².

Ortega y Gasset destaca (recién terminada la Segunda Guerra Mundial, hacia el año 1947) que nuestro acto de elegir es siempre inevitable y libre; que, siendo un don esencial, ese *gran tormento* «es la más onerosa carga que sobre sí lleva la humana criatura»; y, especialmente, que nuestra elección debe ser siempre la que estimamos

¹ Según indiqué en *Sujeto, estudio y sentido del devenir histórico*. Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo CCXI, cuaderno II, pp. 325-355, especialmente p 1.

² PÉREZ GALDÓS, Benito: *7 de Julio* (1876). En O. C. Aguilar, Madrid, 1970, T I, p 1632.

mejor, la más perfectiva, ya que la elección de otra «equivale [escribe Ortega] a haber aniquilado una porción, mayor o menor, de nuestra verdadera vida que ya nadie podrá resucitar porque ese tiempo no vuelve. Hemos vulnerado [explica] nuestra propia persona, hemos practicado un suicidio parcial y la herida queda abierta para siempre, mordiendo no sabemos qué misteriosa entraña incorpórea de nuestra personalidad. Cualquiera que sea su calibre tenemos conciencia de haber cometido un último crimen, del que esa mordedura inextinguible es el *remordimiento*. Los crímenes íntimos se caracterizan porque el hombre se siente de ellos, a la vez, autor, víctima y juez»³.

Julián Marías, siguiendo y matizando a Ortega y Gasset, destaca en 1970 el carácter *futurizo* de la vida humana, reflejado en el continuo proyectarnos hacia un mundo futuro, *latente*, desde el mundo *patente* en que vivimos. Y en este proceder destaca, por una parte, que «El sentido primario de la vida no es biológico, sino —como Ortega enseñó siempre— biográfico». Pero aclara, por otra, que «al hablar de *vida biográfica* hay que precaverse» y tener en cuenta que la vida humana no es sólo su efectiva «*trayectoria*, que es solo una determinación o ingrediente de esa vida», sino que incluye, «no solo la trayectoria efectiva, sino todas aquellas que han sido en cada instante posibles, cuyo complejísimo entrelazamiento constituye la realidad verdadera de cada vida». La vida humana, viene a decir, es mucho más compleja que dicha trayectoria, que es sólo un *fragmento*, y «ni siquiera tiene sentido aparte de los demás, de todas las otras trayectorias que no han llegado a ser *reales*, a transcurrir efectivamente. (...). Mi vida [añade luego] es lo que yo hago y lo que me pasa; yo con las cosas, haciendo algo con ellas, viviendo. Mi vida es un gerundio»⁴.

La idea de continuo elegir que expresa ese vivir en *gerundio*, ese *viviendo*, se acompaña aquí por la de que *lo que me pasa* condiciona *lo que yo hago*; pero también la de que *lo que me pasa*, y lo que no me llega a pasar, es en gran parte resultado de *lo que yo hago con las cosas*. Es decir, indica que nuestra responsabilidad al elegir se extiende, para bien y para mal, a que las cosas que no llegaron a pasar podrían haber pasado, con otra conducta por nuestra parte. Puede consistir en que, aun eligiendo algo aceptable, hayamos incurrido en el antes señalado *suicidio parcial*, porque conocíamos y teníamos a nuestro alcance otra elección mejor, más acorde con el continuo intento perfectivo que se supone debido, y que se suele decir seguido en lo personal y en lo público.

Con este alegato perfectivo se generan valores religiosos y sociales que, si se estima conveniente, suelen hacerse preceptivos en sus respectivos ámbitos. Ejemplo de ellos son nuestras creencias religiosas, con sus *catecismos*, y nuestra Constitución, con su consiguiente ordenamiento jurídico. A darlos a conocer y a que se cumplan se orienta la educación y otras actividades públicas y privadas. Y ese continuado intento perfectivo es, como indican los ejemplos citados, lo que dota de sentido a nuestro devenir.

Es cierto que cada cual puede estimar preferibles diferentes futuros, y que el mismo estudio, el deseo de perfeccionamiento y la adaptación al cambio de circunstancias, suelen dar lugar a que esos valores, o los procedimientos para su logro y defensa,

³ ORTEGA Y GASSET, José: "Apéndice al tomo *Idea de principio en Leibniz*". Texto accesible en <http://www.e-torredebabel.com/OrtegayGasset/Textos/SobrelaElegancia.htm>

⁴ MARÍAS, Julián: *Antropología metafísica. La estructura empírica de la vida humana*. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1970, especialmente pp. 60-61. Texto completo accesible en *Antropología metafísica: la estructura empírica de la vida humana / Julián Marías | Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (cervantesvirtual.com)*

vayan siendo superados. Así parece deseable que ocurra para que pueda cumplirse el progresivo paso del ser a lo que en cada momento se estime el deber ser. Pero, como suele decirse, todo con exceso es malo. En esa totalidad de cosas que, según señalaba J. Marías, nos pasan o inducimos, cabe distinguir, al menos, las que se desarrollan sin preceptiva obligación de cumplimiento, aunque se tiendan a cumplir por valoraciones sociales, y las que se establecen como preceptos desde el Poder, que nos ponen en la tesitura de cumplirlas, con incriminación de nuestra conciencia si nos parecen mal, o exponernos al correspondiente castigo de la autoridad si atendemos a ella. Conflicto permanente en el que debemos elegir lo que estimemos más justo y mejor.

Entre las primeras, que abarcan todos los aspectos de la vida, las hay que, como la relación entre hombres y mujeres, representan notables cambios en el orden social previo e introducen cierta inseguridad sobre cuál es la decisión más correcta. Ahora bien, la sensación que estos cambios producen es relativamente tolerable, ya que, aunque haya disenso entre unos y otros, cada cual puede elegir sin castigo oficial entre lo nuevo y lo anterior. Mucho más grave es la turbación que en el ámbito de lo legalmente preceptuado se produce cuando el ser humano se ve obligado, como antes apuntaba, no sólo a convivir con cambios que considera inaceptables, sino a elegir y comportarse de acuerdo con ellos. Y esto es lo que a mi ver está ocurriendo estos días, octubre-noviembre de 2023, a muchos españoles, de izquierdas, centro y derechas, en España.

Nuestros gobernantes socialistas, y especialmente su jefe, Pedro Sánchez, llegaron a serlo proclamando enfáticamente, antes de ser elegidos, lo que decían considerar la defensa del deber ser; y, llegados así al Gobierno, están haciendo precisamente lo contrario. Su conducta, que se mantiene de plena actualidad desde hace unos años, contradice sus reiteradamente proclamadas posiciones anteriores respecto a la rebelión, sedición, malversación y demás contenidos de sus pactos (que habían prometido no realizar) con comunistas, separatistas y filo-terroristas.

Pero además, simultáneamente han ido ocupando diversas instituciones del Estado, con el que, en deriva totalitaria, parecen tender a identificar su partido. Es como si en huida hacia delante quisieran asegurarse la impunidad. Así, la sorpresa y sensación de desorden moral y socio-político sigue *in crescendo*. Tras varios días de rumores y declaraciones confusas, que parecían tender a introducir la cuestión y mentalizar a la sociedad sobre la posibilidad y aceptación de algo que se sabía rechazable, el presidente del Gobierno en funciones, Pedro Sánchez, declaró, el día 28 de Octubre, que ha pactado con los separatistas catalanes condenados por su *sedición* del uno de octubre de 2017 una amnistía, que en 2021 decían inconstitucional él mismo y sus ministros. Es decir, se practica lo que se decía saber contrario al deber ser, y se hace en cuestiones de la máxima gravedad. Tal amnistía conlleva, entre otros muchos efectos, la eliminación de la *división de poderes*. Es decir, Sánchez, jefe del PSOE y del poder Ejecutivo en funciones, con ayuda parlamentaria del partido de los mismos sediciosos y de algunos otros (a todos los cuales da lo que exigen por su apoyo), se propone anular una sentencia del Tribunal Supremo. A ello se añade que lo hace en provecho propio y a costa de, entre otros valores, la unidad de España, cuya rotura autoriza y avala con dicha amnistía. Es un proceder que, por los efectos anuladores de dicha amnistía, por los afanes de poder a que parece responder y por algunos otros aspectos, evoca el practicado, al regresar de su prisión en Francia, por Fernando VII, que apoyado por los diputados llamados *Persas*, y mediante su tristemente famoso *Decreto del 4*

de Mayo (de 1814), declaró la Constitución de 1812 y algunos Decretos de las Cortes de Cádiz, «nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo»⁵. Ciertamente hay algunas diferencias. Entre ellas, que los diputados llamados *Persas* no eran separatistas y que Fernando VII no había jurado todavía cumplir la Constitución que anulaba, y Sánchez sí.

La rotura de España y el desprecio a la Constitución, al *Estado de derecho*, a la *igualdad* de todos los españoles ante la Ley, a la *división de Poderes* y, en general, al *imperio de la Ley* establecida con mayorías especiales y referéndum en 1978, están produciendo una extraordinaria sensación de desorden y de conflictivo desvío del deber ser. Tanto es así que en contra del pacto de amnistía se están manifestando estos días, en diversos escritos, el Consejo General del Poder Judicial, todas las asociaciones españolas de jueces, de fiscales y de algunas otras instituciones, además de gran parte de la sociedad española, que, alarmada, parece despertar del marasmo que hasta ahora se le atribuía y se está manifestando multitudinariamente en las calles y ante las sedes del PSOE. Todo indica que tan unánime reacción es la defensa del deber ser, que en el conjunto social siempre suele acabar triunfando.

Al rechazo de tales pactos se unen incluso muchos socialistas, quizás avergonzados por lo que hacen sus actuales dirigentes, y temerosos del deterioro que por ello sufre la imagen del PSOE. Entre ellos destaca Emiliano García Page, especialmente motivado por el agravio comparativo que la amnistía conlleva para Castilla la Mancha. Veremos si en esa Comunidad, o en otras también agraviadas, hay al menos 4 diputados socialistas consecuentes dispuestos a votar o abstenerse contra la aprobación de dicha amnistía. Probablemente eso les favorecería en las necesarias elecciones que en tal caso habrían de producirse, y evitarían los agraviantes abusos de Junts per Cat. y del PNV, separatistas de *derechas* que parecen dispuestos a aprovecharse, en perjuicio de otras Comunidades, del desastre español que exigen a Sánchez (y éste concede, ¡...!) como pago de sus votos. Motivos, pues, no faltan, y derecho tienen todos y cada uno de los diputados, ya que el artículo 67. 2 de la Constitución española dice que «Los miembros de las Cortes Generales no estarán ligados por mandato imperativo». Así que, como integrantes de las Cortes en que España deposita su soberanía, tienen plena libertad, y obligación moral, de votar de acuerdo con lo en conciencia estimen el bien de la Nación. Especialmente si lo que así estiman coincide con lo que gran parte de los líderes, antiguos y actuales, de su partido dicen considerar el deber ser. ●

⁵ *Decreto del 4 de Mayo*. Texto accesible en C:/Users/RMC/Downloads/real-decreto-de-fernando-vii-derogando-la-constitucion-valencia-4-mayo-1814.pdf.

...Y UN OTOÑO DE INSURRECCIÓN

Pío Moa

LD

Como es de sobra sabido, las campañas de desestabilización izquierdistas-separatistas en verano de 1934 desembocaron en la gran insurrección de octubre de ese mismo año. Doy por conocidos los episodios principales del suceso y su gestación, por lo que me centraré en algunas consideraciones y consecuencias a las que la gran mayoría de los tratadistas ha prestado atención insuficiente.

Hasta hace pocos años, la insurrección de octubre pasaba generalmente como «la revolución de Asturias» o incluso «la huelga de Asturias», con alusiones a la «intentiona de Companys» en Cataluña. Un incidente importante, sin duda, pero en definitiva menor y sin conexión con la guerra civil de 1936. Sólo Salvador de Madariaga hizo la observación de que quienes se habían alzado contra la república en el 34 no tenían la menor autoridad moral para condenar el levantamiento derechista del 36. En un sentido meramente moral, la frase puede ser adecuada, pero en un sentido político e histórico, no. El ataque de 1934 no puede justificar el de 1936 más que si los atacantes del primer año hubieran seguido en la misma postura. En segundo lugar, habría que especificar si ambos ataques eran realmente comparables.

Para acercarnos a la cuestión, conviene señalar los rasgos clave de la primera insurrección, también olvidados por demasiados historiadores, incluido algunos bastante solventes, como Fusi.

1.- En 1934 intervinieron el mayor partido, con mucho, de las izquierdas en el conjunto de España, y el mayor en Cataluña, más los comunistas, más algunos sectores anarquistas, y con el apoyo político de las izquierdas republicanas: cuando, en los dos primeros días, muchos creyeron en el triunfo de la insurrección, dichas izquierdas, y con especial dureza el partido de Azaña, proclamaron su «ruptura» con las instituciones y su disposición a imponerse por cualesquiera medios. Por tanto la insurrección no fue obra de grupos marginales de las izquierdas, como, hasta cierto punto, lo habían sido las anarquistas. O como, todavía más marginal, lo había sido la sanjurjada de 1932. Esto tiene importancia clave, y no sólo porque las posibilidades de éxito de grupos marginales sean remotas, sino porque una actitud levantisca en los partidos principales de la oposición, o anticonstitucional en los que están en el poder, hace imposible la democracia.

2.- La insurrección no pretendía, como se ha dicho, «protestar» por la entrada de tres ministros de la CEDA en el gobierno, entrada absolutamente legal y justificada, incluso muy por debajo de lo exigible de acuerdo con la ley. Tampoco tenía la menor relación con al «hambre» o los «abusos» de la derecha. El hambre mayor se había registrado en 1933, siendo contenida e iniciando un ligero declive bajo el gobierno de centro derecha; y el número de obreros o campesinos muertos por las fuerzas de orden también bajó notablemente (nada parecido a Casas Viejas, por ejemplo),



Muestra del terror...

mientras subían los asesinatos, realizados por las izquierdas casi todos, a menudo contra obreros desafectos. La mayoría de los «abusos» atribuidos a las derechas —no todos, desde luego— no pasan de invenciones propagandísticas. Es asombroso cómo una vasta bibliografía de derechas, sugestionada, sin el menor espíritu crítico, por la virulencia de la propaganda izquierdista, ha dado bastante crédito a ésta. No, la insurrección socialista perseguía, desde 1933, instaurar un régimen de tipo soviético. La documentación al respecto es hoy completamente probatoria, y basta leer por extenso las intervenciones de Besteiro para percibir el cariz de todo aquel proceso. Pero además tenemos las instrucciones secretas, la propaganda del PSOE y muchas otras fuentes.

En cuanto a los nacionalistas catalanes de izquierda, había divisiones. Unos pretendían demoler la legalidad republicana para formar una especie de confederación, y otros pensaban en la separación completa. Incluso muchos de los primeros veían la confederación como un paso a la secesión, a menos que ellos, en nombre de Cataluña, jugaran el papel dominante, política y financieramente, en el conjunto de España.

3.- El levantamiento fue concebido exacta y precisamente como una guerra civil, según consta inequívocamente en las instrucciones secretas para la insurrección (reproducidas en mi libro *Los orígenes de la guerra civil*). No como una «huelga» o como un simple golpe de estado. El contenido abiertamente guerracivilista de la propaganda de aquellos días tiene a menudo rasgos espeluznantes, como la pública disposición de las juventudes socialistas a realizar con entusiasmo las numerosas ejecuciones previstas, o las exhortaciones al odio como una virtud revolucionaria.

El fracaso del intento (1400 muertos en 26 provincias, no sólo en Asturias, e ingentes destrozos materiales y culturales) llevó a los políticos izquierdistas, y luego a los historiadores afectos, a maquillar los hechos, mutilarlos o a procurar su olvido. La maniobra estaba prevista desde el primer momento, pues los dirigentes socialistas habían acordado, en caso de derrota, negar cualquier responsabilidad, atribuyendo el movimiento a una protesta espontánea «del pueblo», por el acceso de la CEDA al

gobierno. La defensa de la Esquerra, negando las evidencias con desvergüenza absoluta, resulta un documento realmente cómico, dentro de su patetismo. Muchos invirtieron exactamente la realidad, pretendiendo que los socialistas habían sido empujados a su acción por la indignación de las masas contra las derechas. Había sido exactamente al revés. El PSOE y la Esquerra habían intentado llevar a las masas a la guerra civil, y la gran mayoría de la gente prefirió mantenerse en la legalidad.

Hoy puede decirse que entonces comenzó la guerra civil, y no sólo porque sus autores la hubiesen querido y llevado a cabo, sino porque después no cambiaron de orientación. Por el contrario, muy lejos de mostrar el menor arrepentimiento o autocritica, intensificaron la virulencia de su propaganda, nacional e internacional, con una campaña sobre las «atrocidades» supuestamente cometidas por el gobierno en la represión de Asturias. La campaña olvidaba convenientemente, por supuesto, las previas atrocidades propias, y exageraba o mentía de manera masiva sobre las brutalidades represivas, menores que las de sucesos de menor violencia en otros países europeos.

Una vez más, la dureza y la afectada indignación moral con que los autores de los autores envolvían sus «informes», ha hecho que los mismos se hayan repetido, año tras año, por historiadores poco solventes tipo Beevor o Preston, o por los del lado de Tuñón de Lara y tantos más. Creo que el único estudio crítico de dicha campaña, algo amplio, es el mío en *El derrumbe de la República*, el cual podría extenderse mucho.

La campaña de las izquierdas sobre la represión de Asturias no tiene importancia sólo por su carácter básicamente mendaz: testimonia que el espíritu de la insurrección de octubre permaneció inalterado. Y el efecto de tal campaña no podía haber sido más nefasto. Besteiro había acusado a los otros dirigentes socialistas de «envenenar a los trabajadores» con una propaganda falsa y cargada de odio. Ahora esa propaganda alcanzaba las cimas más altas, y lograba cambiar el ambiente popular. Si algo había demostrado la intentona de guerra civil es que las masas no estaban lo bastante radicalizadas para seguir los llamamientos de los jefes izquierdistas, pero los infundios sobre la represión crearon un clima de agravio y furia que se manifestaría muy claramente más adelante.

También quedó plenamente en claro el carácter legalista de la CEDA. De haber sido un partido fascista, como insistía la izquierda, habría aprovechado el alzamiento izquierdista para replicar con un contragolpe desde el poder que acabase de una vez por todas con la república. De hecho hubo alguna tentación, y los monárquicos sugirieron a Franco explotar el momento. Pero, por el contrario, la derecha defendió entonces, en nombre de las libertades, una Constitución que no le gustaba y que pensaba reformar siguiendo los pasos legales. Tampoco suele destacarse este hecho crucial y demostrativo en una historiografía tremendamente deformada por prejuicios «progresistas». Por supuesto, la conducta estrictamente legal de la CEDA no le sirvió de nada antes sus enemigos, los cuales siguieron motejándola de «fascista» con redoblada furia.

Es evidente que durante muchos años, por el escaso acceso a las fuentes o por otras razones, muchos historiadores repetían las deformaciones de la propaganda como si reflejasen la realidad. Hoy, cuando la documentación disponible es apabullante y bien conocida, muchos persisten en las mismas falacias y tergiversaciones, lo cual resulta mucho peor: no es lo mismo repetir una falsedad por ignorancia, aun si en parte voluntaria (Brenan, etc.), que colaborar con ella en contra de toda la evidencia. ●

CONTRAPUNTO BUELA – GAMBESCIA

ALBERTO BUELA

Filósofo argentino, licenciado por la UBA y doctor por la Sorbona, prefiere no obstante definirse como arkegueta, como eterno comenzante. Sobre los temas aquí tratados ha publicado *Metapolítica y filosofía*, *Ensayos de disenso* (sobre metapolítica) y *Teoría del disenso*, entre otros libros.

CARLO GAMBESCIA

Sociólogo italiano, es autor de *Metapolítica. L'altro sguardo sul potere* y *Metapolítica del Coronavirus. Un diario pubblico*. En castellano ha publicado *Liberalismo triste: un recorrido de Burke a Berlin*.

I. METAPOLÍTICA, DESPUÉS DE UN CUARTO DE SIGLO

Alberto Buela

A pedido de un amigo que hace las veces de discípulo, voy a dictar un seminario de ocho clases sobre la metapolítica y el disenso como su método. Lo voy a realizar guiado por la sana intención de dar a conocer todo aquello que se realizó en estos últimos veinticinco años.

Cuando en 1995 publiqué por primera vez *¿Qué es metapolítica?* nunca pensé que fuera a tener la difusión que tuvo. Se tradujo a unos cuantos idiomas y fue tomado como texto por autores que estudiaron el tema.

Sostuve allí que en la metapolítica se pueden distinguir tres corrientes principales: a) la del tradicionalismo filosófico, a cuya cabeza está Silvano Panunzio, que sostiene que la metapolítica es la metafísica de la política; b) la analítico-hermenéutica de Manfred Riedel, que afirma que no se puede hacer metapolítica sin política, y c) la culturalista de Alain de Benoist, que apoya la tesis de que hay que hacer metapolítica sin meterse en política¹.

En este casi cuarto de siglo, la disciplina avanzó mucho. Siguiendo la saga de Silvano Panunzio, aparecieron trabajos importantes y pensadores significativos como Aldo La Fata y Primo Siena. El primero, a solicitud nuestra, nos ayudó a conseguir el primer manuscrito sobre metapolítica: *Metapolítica hoc est Tractatus de Republica, Philosophice considerata*, cuyo autor fue el monje cisterciense Juan Caramuel Lobkowitz²,

¹ Me niego rotundamente a clasificar a Alain de Benoist con el rótulo ruin de nueva derecha. Rechazo la clasificación por tres motivos fundamentales. Primero, porque este calificativo insidioso desnaturaliza su pensamiento, buscando el desprestigio de él mismo; segundo, porque lo conozco desde hace exactamente 40 años y de hombre de derecha no tiene nada. Y tercero, porque su propuesta es culturalista y no política, como son los seudoconceptos de derecha e izquierda. Sostengo que De Benoist es el pensador francés más original de la segunda mitad del siglo xx y lo que va del xxi. Solo es necesario leer sin prejuicios sus casi 110 libros.

² En una carta de 1645 al padre Grassendi, el gran objetor de Descartes, cuenta que su madre era de Bohemia y su padre de Luxemburgo: *Matre Bohema et patre Lutzelburgensi natum*. Eran Lorenzo Caramuel y Catalina de Frisia.

nacido en Madrid en 1606 y fallecido en Vigevano (Italia) en 1682, de ahí que el Fondo Caramuel se encuentre en esa ciudad de la Lombardía. El texto mencionado es el primero del que se tiene noticias que utilice el término metapolítica. Texto que fue redactado alrededor de 1650 y que está en el Archivo histórico diocesano de Vigevano. Es además, el profesor La Fata, el continuador de la revista *Metapolítica* editada en Roma.

En cuanto al pensador italo-chileno Primo Siena, produjo en estos años un libro liminar, *La espada de Perseo*, en donde sostiene que una de las tareas de la metapolítica es la crítica y desmitificación de la criptopolítica o la política de logias.

Dentro de la corriente hermenéutica, se destacaron en este cuarto de siglo el belga Robert Steuckers, el español Javier Esparza y el italiano Carlo Gambescia, como sostenedores de una metapolítica que busque una salida y cambio de la política. Steuckers es un incansable trabajador y difusor cultural, su revista *Synergies* una incontrastable muestra de su enjundioso trabajo. Esparza es la cabeza más lúcida de la España actual, y su trabajo *Curso general de disidencia* (1997) conserva todo su vigor. En cuanto a Gambescia, con su libro *Metapolítica: otra visión sobre el poder* (2007) se transformó en un autor de consulta.

Finalmente, la corriente culturalista dio infinidad de pensadores y trabajos sobre la metapolítica. Se pueden consultar con mucho provecho los artículos de Alain de Benoist, Marco Tarchi, Alessandro Campi, Alexander Dugin, Paul Gottfried, Ernesto Araújo, etc. Esta corriente, seguramente la más productiva, no editó ningún tratado específico. Pero es la que generó, desde el marxismo, el mayor número de trabajos. Así, Alain Badiou en su *Compendio de metapolítica* (2010) va a sostener que metapolítica es una etiqueta para aquellos modos políticos que buscan cambiar las prácticas políticas establecidas. Giacomo Marramao, por su parte, afirmará que la metapolítica tiene la exigencia de identificar, tanto en el área de la política mundial, regional como nacional, la diversidad ideológica tratando de convertir dicha diversidad en un concepto de comprensión política.

Desde México apareció, desde el ángulo universitario, la revista *Metapolítica* dirigida por el profesor César Cansino, de corte socialdemócrata, que se puso como objetivo aquel de A. Badiou: «reestructurar la cara visible de lo público». Allí mismo me publicaron en el N°6 de 1998 *¿Qué es metapolítica?*

En 2007, con justa razón, observó el profesor Carlo Gambescia al comienzo de su libro: «La metapolitica non e una disciplina accademica. Per quanto ne sappiamo, non esistono, almeno in Italia, cattedre di metapolitica. Senza ombra di dubbio il suo campo di studio rinvia alla filosofia política»³. («La metapolítica no es una disciplina académica. Hasta donde sabemos, no hay cátedras de metapolítica, al menos en Italia. (...) Sin duda, su campo de estudio se refiere a la filosofía política»).

Pero pasaron catorce años y vemos cómo, en la Universidad de Navarra, comenzaron a dictarse cursos sobre metapolítica orientados a mostrar que, tanto la nueva izquierda como la nueva derecha, comparten su preocupación por la metapolítica. Al

Un signo evidente de que esta disciplina no es tomada en serio, es que aquellos que dicen estudiarla luego de un cuarto de siglo de actividad, siguen afirmando, como el francés Octave Larmagnac-Matheron, publicado el 12 de abril de 2021, que el primero que usó el término fue Joseph de Maistre, y el italiano L. Bazzicalupo que fue Alfred Schlöser. Con estos salvavidas de plomo es muy difícil no hundirse.

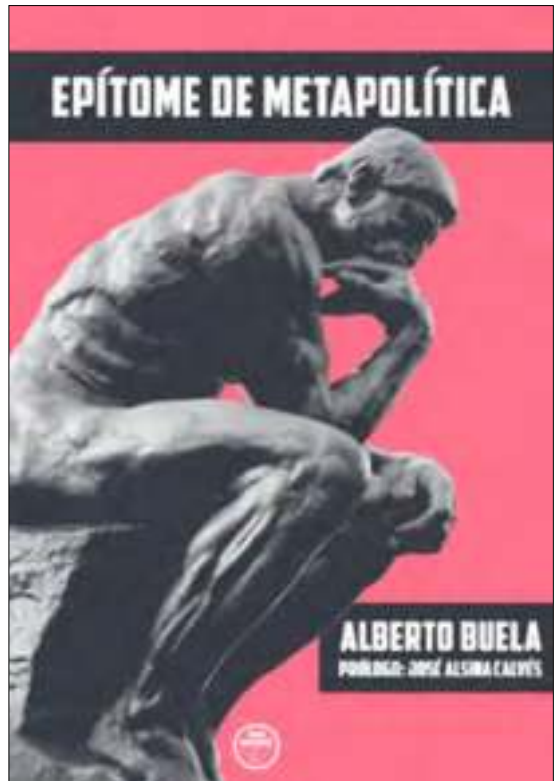
³ «La metapolítica no es una disciplina académica. Hasta donde sabemos, no hay cátedras de metapolítica, al menos en Italia. (...) Sin duda, su campo de estudio se refiere a la filosofía política». N. del E.

mismo tiempo se afirma que las dos ramas de la metapolítica son desmitificar presupuestos políticos y construir comunidades.

De las universidades iberoamericanas, la única experiencia es la que tuvimos oportunidad de realizar en la Universidad de Feira de Santana (Brasil-2013) bajo la dirección del filósofo Nilo Reis. Sería de desear que nuestras universidades imiten el ejemplo, para una mejor comprensión y profundización de la disciplina.

Como rareza académica, acaba de salir en Colombia, de Martin Heidegger, *Metapolítica: Cuadernos negros* (1931-1938), Ed. Aula Humanidades, Colombia, 2019.

El lado negativo de la metapolítica apareció cuando comenzó a utilizarse el término solo como rótulo, y así se reeditó en 2018 el libro de Peter Viereck, *Metapolitics: the roots of the Nazi mind*, de 1941, un verdadero dislate en el uso del término. En el mismo sentido podemos caracterizar el libro de Daniel Estulin, *Metapolítica: transformación global y guerra de potencias* (2020), que confunde geoestrategia con metapolítica. Así también como en Juan Acerbi, *Metapolítica: enemigo público, poder y muerte civil en la tradición republicana* (2018), que no tienen nada que ver con la metapolítica. Han aparecido además muchos trabajos más que usan el término como una mera etiqueta o rótulo. Esto confunde al lector desprevenido, que termina comiendo gato por liebre. En realidad, lo que hacen estos autores es mentir con el título pensando que ello les puede dar mayor difusión o prestigio. No sé, pero mentir desde el título de un libro me parece de una ruindad execrable.



Hoy la metapolítica, en tanto que pluridisciplina, se abre a un mundo de significaciones que no puede encerrarse en una fórmula, aunque para nosotros la mejor sigue siendo: el estudio de las grandes categorías que condicionan la acción política.

A esta tarea, la forma óptima de acceder es a través del ejercicio del disenso, que no es otra cosa que la capacidad metodológica y existencial de proponer otro sentido a lo dado y aceptado por el statu quo reinante. Como alguna vez dijo el presidente checo Václav Havel: El disidente no aspira a cargos oficiales ni busca votos. No trata de agradar al público, solo puede ofrecer su pellejo.

El disenso como método no les está permitido a los observadores del mundo y sus problemas, sino a los comprometidos con el mundo y sus problemas. El disenso como acceso más genuino a la metapolítica encierra una dimensión existencial irreductible

al libro, pues exige la acción. Pero ¿qué acción? La acción sobre la política (la politique) y no sobre lo político (le politique). Esto último está reservado para la filosofía política, como históricamente ha sido.

Esta distinción, vuelta clásica, fue enunciada modernamente por Carl Schmitt, Julien Freund y Cornelius Castoriadis: los griegos inventaron la política como organización de lo político. En tanto que lo político (el poder) se posee o no... «Lo político dice quién hace la ley, y esto es anterior, necesariamente, a toda ley (a la política). La política debe de estar al servicio de lo político. Si lo político (un proyecto de nación) desaparece y es sustituido por lo económico, como tiende a suceder hoy, la soberanía colectiva se extingue», afirma magistralmente Javier Esparza⁴. Lo político radica en el poder, y este se expresa a través «la decisión» y se funda en la autoridad. La política es práctica, es un arte todo de ejecución, dijera Perón.

El eminente Negro Pavón, afirma: «A lo Político le correspondía hacer cumplir el Derecho, las reglas del orden natural universal en el que se insertan los órdenes sociales dentro de sus espacios concretos. Y la Política se constituyó como una forma específica de la acción humana relativa a lo Político, el orden de la vida en común, colectiva, como formalmente distinto del orden de lo sagrado»⁵.

La metapolítica se ocupa fundamentalmente de las categorías que se presentan neutrales políticamente (derechos humanos, progreso, homogenización, multiculturalismo, etc.) al par que desenmascara intereses de grupos o lobbies que intervienen en el poder. Esto último lo hace cuando trabaja sobre la criptopolítica.

Así están dadas las cosas en esta neodisciplina. Siguen existiendo tres corrientes que la trabajan muy seriamente y algunos intentos universitarios de normalizar como disciplina académica (el politólogo César Cansino en México, el filósofo Nilo Reis en Brasil y el sociólogo Carlo Gambescia para Italia). Vemos en los hechos cómo, desde tres disciplinas distintas, se produce una aproximación a la metapolítica, lo que quiere decir que es una «ciencia buscada». Pero al mismo tiempo observamos varias tentativas espurias, tanto de demonización como de endiosamiento, según sean los intereses políticos a los que responden sus autores.

II. LA «METAPOLÍTICA DEL CANON» DE ALBERTO BUELA

Carlo Gambescia

Agradezco a Alberto Buela, amigo argentino, profesor universitario, filósofo de la política, uno de los fundadores o, mejor aún, refundadores de la metapolítica como verdadera disciplina científica y académica; le agradezco, decía, por haber recordado generosamente mi modesto trabajo en este campo⁶.

Deseo «corresponder» trazando un retrato con particular atención a su búsqueda

⁴ ESPARZA, JOSÉ JAVIER: «Curso general de disidencia», *El Emboscado*, Madrid, 1997.p. 136.

⁵ NEGRO PAVÓN, DALMACIO: «El azar, concepto metapolítico», *Real Academia de las ciencias morales y política de España*, Madrid, sesión del día 4 de mayo de 2010.

⁶ Se refiere al primer texto aquí presentado. El autor se remite a la versión publicada en: <http://hernandezarregui.blogspot.com/2021/08/metapolitica-despues-de-un-cuarto-de.html>. No obstante, la versión aquí presentada es una que Alberto Buela ha corregido y ampliado [N del E.].

metapolítica. Sin embargo, también quiero resaltar las diferencias entre mi pensamiento y el suyo⁷.

A este respecto, de Buela es absolutamente necesario leer, al menos como punto de partida, *Ensayos de Disenso (Sobre Metapolítica)*⁸.

¿Por qué es importante la metapolítica para Buela? Por un lado, porque es un sistema conceptual que permite estudiar la política (una heurística) y, por otro, porque es un modo de pensamiento que permite cambiar la política (una acción metapolítica).

Hay que decir que se trata de una distinción fundamental porque delimita el campo de la metapolítica como ciencia, del de la metapolítica como práctica, como acción.

En Buela se puede distinguir una fase más —por así decirlo— de síntesis: en el sentido de poner la heurística al servicio de la transformación política, de la acción.

Lo cual —obviamente lo que sigue es una hipótesis mía— remite al uso metapolítico de lo que un gran sociólogo americano, Robert Nisbet, llamó conceptos fundamentales de la sociología⁹. Son conceptos que, según creo, se repiten en el pensamiento de Buela: Comunidad, Autoridad, Status, Sagrado, Alienación; como opuestos, respectivamente, a los de Sociedad, Poder, Clase, Trascendencia, Integración.

La Metapolítica de Alberto Buela se podría entonces llamar «Metapolítica del Canon»: canon sociológico como conjunto de valores conceptuales, canónicos, normativos. Devueltos al cauce de un proceso metapolítico (dialéctico) entre teoría y práctica, con vistas a una síntesis. Fruto a su vez de una dialéctica entre Comunidad y Sociedad; Autoridad y Poder; Estado y Clase; Sagrado y Trascendente; Alienación e Integración-realización. Una dialéctica que cerrando el círculo sociológico de la síntesis, remite, como se anticipó, a un esquema básico, el canon.

Obviamente, los factores contextuales, biográficos y socio-históricos afluyen tumultuosamente en la teoría metapolítica de Buela, que tiene el tremendo encanto de un río en crecida que corre el riesgo de convertir la heurística en hermenéutica.

Pienso en su antigua militancia peronista, en su pasión por la filosofía antigua y por las ciencias sociales, en una religiosidad laica, curiosamente abierta a lo sagrado como a lo trascendente. Sin olvidar su visión de la política que remite a un sulfuroso enfoque revolucionario-conservador.

Además, ha tenido un peso considerable en su formación —así lo considero— la larga estancia de estudio en Francia donde Buela se doctoró en las disciplinas filosóficas, entrando así en contacto, entre otros, con pensadores como Alain de Benoist. Este vislumbraba, y creemos vislumbrar todavía en la metapolítica, aunque de un modo brillantísimo, solo una práctica. Pero esta es otra historia.

En realidad, el principal riesgo para el estudioso que se ocupa de la metapolítica sigue siendo no solo el de no distinguir entre teoría y práctica, entre concepto y acción, entre heurística y transformación social, sino de confundir incluso ambos planos al poner la heurística al servicio de una idea, a veces utópica o mítica, de transformación política y social. De transformar la heurística cognitiva en hermenéutica ideológica,

⁷ Véase GAMBESCIA, CARLO: *Metapolitica. L'altro sguardo sul potere*, Edizioni Il Foglio, Piombino (LI), 2009.

⁸ BUELA, ALBERTO: *Ensayos de Disenso (Sobre Metapolítica)*, Nueva República Ediciones, Barcelona 1999, en particular pp. 93-123. Para un rápido perfil bio-bibliográfico, cfr. <https://institutodecultura.cudes.org.ar/profesor/alberto-buela/>

⁹ NISBET, ROBERT A: *La tradizione sociologica*, La Nuova Italia, Firenze, 1977.



¿Ejemplo de metapolítica?

como le ocurre por ejemplo a un filósofo como Badiou¹⁰, que mezcla sin hacerse tantos problemas los conceptos de revolución y metapolítica.

Buela, en cambio, es más cauto. Por un lado, considera el trabajo heurístico o teórico como propedéutico a la política, pero por el otro se niega a romper el hilo hermenéutico entre la política vista a su vez como propedéutica a la metapolítica.

Se trata de una tensión que, indudablemente, existe no solo en el pensamiento de Buela. Porque se refiere a la ontología del conocimiento, a la relación entre pensamiento y acción, entre ciencia e interpretación y, por lo tanto, de la hermenéutica en función de la acción.

Una condición que afecta a todos los estudiosos en cuanto seres humanos. Y por tanto es comprensible.

Sin embargo, en el plano de la institucionalización de la metapolítica, su reconocimiento impone, para evitar que la cuerda cognitiva se rompa, el respeto de dos puntos fundamentales.

De profundizar la heurística o teoría del canon, desglosando en regularidades o constantes los conceptos de Comunidad, Autoridad, Estatus, Sagrado, Alienación y sus respectivas antítesis. Es decir, de apuntar en lo que se repite histórica y sociológicamente como, por ejemplo, la regularidad-hegemonía de las élites, la regularidad-reconstitución del poder, la regularidad amigo-enemigo y otras. En definitiva, la metapolítica como discurso cognitivo —heurístico— sobre las formas políticas, no sobre los contenidos, que son históricos y cambian de vez en cuando según las diferentes hermenéuticas.

¹⁰ De BADIOU, Alain: véase la obra, un verdadero pastiche, *Metapolítica, Cronopio*, Napoli, 2001. Para una crítica, creo que apretada, remito a mi *Metapolítica*, cit., pp. 21-27.

De limitarse en el plano de la práctica a la indicación weberiana¹¹, que es entonces un simple consejo para todo buen político; de atenerse a las cosas como son desde el punto de vista de las regularidades metapolíticas, y no como deberían ser desde el punto de vista de los diferentes y fantasiosos evangelios sociales.

En resumen, la metapolítica como ciencia de los medios y de los fines. Consciente de las limitaciones inherentes de ambos. El estudioso de la metapolítica como científico y no como fantasioso, muchas veces fanático de las ideas, como ocurre en Badiou. Y finalmente el político, como prudente conocedor de las regularidades o constantes de la metapolítica, capaz por tanto de ponerla en práctica «con juicio».

Desde el punto de vista disciplinario e institucional, la cuestión fundamental es que la metapolítica está todavía en su infancia o, si se quiere, en su preadolescencia. Por lo tanto, aún queda mucho camino por recorrer para que se convierta en una ciencia.

De ahí la importancia del trabajo de Alberto Buela. El filósofo argentino, a diferencia de otros estudiosos, tiene muy clara la cuestión de la institucionalización, así como la importante distinción entre metapolítica teórica y práctica.

Él sabe muy bien que el verdadero punto de la cuestión no es no «ensuciarse» con la política, sino hacer que desde el punto de vista del trabajo intelectual y científico la política tome nota de sus límites.

En resumen, de la distinción, en palabras de Gaetano Mosca, entre «lo que puede ocurrir [y] lo que no puede y no podrá ocurrir jamás, evitando así que muchas intenciones generosas y muchas buenas voluntades se dispersen improductivamente, e incluso perniciosamente, al querer conseguir grados de perfección social que son inalcanzables»¹².

III. ALBERTO BUELA Y EL CONCEPTO DE DISENSO

Carlo Gambescia

No creo que sea posible porque el tema es muy interesante, pero, aun a riesgo de aburrir a los lectores, hoy deseo volver sobre un punto específico del pensamiento del profesor Buela: el concepto de disenso.

Pero lo tomo de lejos, porque las definiciones son importantes. Debo señalar que el mío es un enfoque sociológico de la cuestión, no filosófico o de historia de las ideas.

Disentir significa no estar de acuerdo sobre una determinada cuestión. En suma, quiere decir pensar de forma diferente.

El disenso, que se divide en teoría y en práctica como forma de relación (en el sentido de la producción de consecuencias), es un hecho social de gran importancia porque incide en la división social del trabajo, es decir, sobre las condiciones normales de vida de la sociedad.

Por ejemplo, si un grupo de trabajadores se declara descontento con el salario, manifestará su disenso haciendo una huelga. El disenso vendrá pues a condicionar la

¹¹ Me refiero, obviamente, a la célebre conferencia de Max Weber, *Il lavoro intellettuale come professione, nota introduttoria* de Delio Cantimori, Einaudi Editore, Torino, 1980, en particular pp. 35-37.

¹² MOSCA, GAETANO: «Elementi di scienza política», en *Scritti politici*, a cargo de Giorgio Sola, Utet, Torino, 1982, vol. II, p. 1081.

división social del trabajo, producirá consecuencias, por así decirlo, claras: prescindiendo de las razones, justas o equivocadas.

Lo que significa que hay que distinguir entre el disenso teórico, sobre las ideas, sin consecuencias inmediatas, como suele ocurrir cuando un argumento, incluso polémico, desaparece en las brumas del discurso público; y el disenso práctico, con consecuencias inmediatas, como en el caso de los trabajadores que entran en huelga.

En general, cuando el disenso teórico se transforma en un conflicto práctico, existe el riesgo de que se produzca un daño social. El disenso-conflicto, a diferencia del disenso-teórico, tiene consecuencias sociales reales.

¿Cuáles han sido, por así decir, las líneas directrices del poder político con respecto al disenso?

Durante siglos, el disenso-conflicto ha sido duramente reprimido y asimilado al disenso-teórico, igualmente condenado. Reprimidos y condenados hasta el punto de desencadenar a partir del siglo XVII, por reacción social, una larga serie de revoluciones encaminadas a reivindicar, por primera vez en la historia, el derecho al disenso en cuanto tal.

Sin embargo, sigue siendo un mérito fundamental de los modernos haber afirmado, además del papel socialmente positivo del disenso, dos cuestiones sociológicamente importantes: 1) la distinción entre disenso-conflicto y disenso-teórico; 2) la necesidad de garantizar, dentro de los límites del funcionamiento de la división social del trabajo, la coexistencia del disenso-conflicto y del disenso-teórico.

Ayer discutí largo rato las interesantes tesis metapolíticas del profesor Buela. Él asigna al disenso un papel fundamental, incluso metapolítico. Léase aquí:

«Hoy la metapolítica en tanto que pluridisciplina se abre a un mundo de significaciones que no puede encerrarse en una fórmula, aunque para nosotros la mejor sigue siendo: el estudio de las grandes categorías que condicionan la acción política.

A esta tarea, la forma óptima de acceder es a través del ejercicio del disenso, que no es otra cosa que la capacidad metodológica y existencial de proponer otro sentido a lo dado y aceptado por el statu quo reinante. Como alguna vez dijo el presidente checo Václav Havel: El disidente no aspira a cargos oficiales ni busca votos. No trata de agrandar al público, solo puede ofrecer su pellejo.

El disenso como método no les está permitido a los observadores del mundo y sus problemas, sino a los comprometidos con el mundo y sus problemas. El disenso como acceso más genuino a la metapolítica encierra una dimensión existencial irreductible al libro: exige la acción. Pero ¿qué acción? La acción sobre la política (la politique) y no sobre lo político (le politique). Esto último está reservado para la filosofía política, como históricamente ha sido»¹³.

«El disenso (...) exige la acción». El concepto es claro. Sin embargo, el verdadero punto es que la acción (o la práctica, como decíamos) transforma el disenso teórico en conflicto social, en disenso-conflicto. Y aquí hay que recordar que el conflicto es una regularidad metapolítica, algo que se repite en la historia y que implica consecuencias precisas.

En primer lugar, sobre la división social del trabajo, alterándola. En segundo lugar,

¹³ Por ejemplo, véase: <http://hernandezarregui.blogspot.com/2021/08/metapolitica-despues-de-un-cuarto-de.html>.

sobre el desarrollo ordenado de las funciones sociales normales que, a su vez, se basan en otra regularidad metapolítica: la distinción entre institución y movimiento¹⁴.

Por poner un ejemplo, instituciones como una escuela, un ministerio, una fábrica, un parlamento, no pueden sobrevivir a una lógica movimientista de tipo asambleario o referendario.

Tertium non datur [no se da una tercera cosa]. O bien son instituciones, y por lo tanto fundadas en una lógica jerárquico-organizativa de tipo meritocrático; o bien son movimientos, basados en una lógica demagógico-asamblearia, por así decirlo, igualitaria. Las dos lógicas entran en conflicto con consecuencias socialmente desastrosas.

En resumen, para decirlo políticamente, las instituciones no pueden ser socialistas y liberales al mismo tiempo... No admiten terceras vías...

No queda entonces más que el disenso-teórico y un disenso-conflicto, que en cuanto regularidad metapolítica, repetimos, se remonta en el tiempo. Un disenso-conflicto respetuoso, sin embargo, por experiencia histórica, sociológica y metapolítica, de la distinción entre institución y movimiento (otra regularidad metapolítica). Solo de este modo será posible conciliar el disenso (en sus dos formas) y la división social del trabajo (forma única y natural de lo social).

Por lo tanto, a un disenso teórico lo más amplio posible, en términos de discurso público, debe ir en paralelo un disenso-conflicto, más limitado, capaz de detenerse prudentemente para no comprometer las normales funciones sociales, en primer lugar la división social del trabajo.

La tarea de entender dónde detenerse no corresponde, al menos directamente, a los intelectuales, que deben indicar, como hemos tratado de mostrar en nuestro artículo, solo las precondiciones sociológicas, metapolíticas si se quiere, al ejercicio de un disenso, por así decirlo, razonado, bien templado.

La tarea de entender y, por lo tanto, ocuparse de cómo impedir que el disenso-conflicto comprometa las funciones sociales, corresponde a los políticos.

Por tanto, la gran cuestión de cómo evitar que el conflicto social se transforme en una guerra social autodestructiva, se refiere a la calidad de la clase política y, más en general, de la clase dirigente. A las élites, en definitiva, tanto del gobierno como de la oposición.

Son cuestiones de autodisciplina, prudencia, de sabiduría si es necesario, o en cualquier caso de una cuidadosa dosificación de un fármaco por parte de la élite en su conjunto, el disenso, que si «prescrito», vendido y consumido en dosis masivas puede envenenar y matar...

Una última pregunta. ¿Es el disenso una regularidad metapolítica? Lo es en los términos de la dinámica sociológica entre institución y movimiento. En definitiva, en cada disidente se vislumbra un futuro defensor de las instituciones, ya que todo movimiento está destinado a perecer o a transformarse, si es vencedor, en institución. La poesía utópica del movimientista, si seguimos la metáfora, está siempre destinada a transformarse en prosa institucional.

¹⁴ En general, sobre la regularidad o constantes metapolíticas, remito a mi *Metapolítica. L'altro sguardo sul potere, Edizioni Il Foglio*, Piombino (Li), 2009, pp. 27-37. Específicamente sobre la regularidad «Institución-Movimiento», cfr. ALBERONI, FRANCESCO: *Movimento e istituzione, il Mulino*, Bologna, 1977. Finalmente, véase como intento de extender el análisis metapolítico a la crisis actual, es decir al de la regularidad o constantes, mi *Metapolítica del Coronavirus. Un diario pubblico*, epílogo de Alessandro Litta Modignani y Carlo Pompei, Edizioni Il Foglio, Piombino (Li), 2021.

Lo denominado políticamente correcto no es más que prosa liberal a la que hoy se opone la poesía antiliberal. Destinada también a transformarse, si llegara a «vencer», en prosa.

Obviamente, el juicio sobre la calidad de las poesías y de las prosas remite, para decirlo con Augusto Del Noce, a una interpretación de la historia contemporánea.

Y probablemente la interpretación del profesor Buela es diferente a la mía. Estamos ante un caso de disenso teórico: de ideas diferentes, sino opuestas, sobre la naturaleza del liberalismo y del antiliberalismo. Pero esa es otra historia.

IV. COMENTARIO A CARLO GAMBESCIA

Alberto Buela

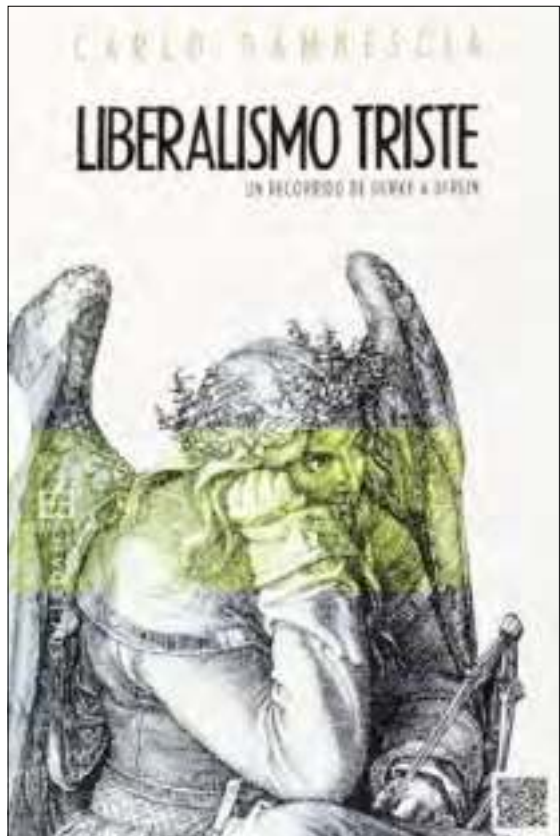
Metapolítica

Hace años que venimos junto con el sociólogo italiano Carlo Gambescia, autor de un magnífico trabajo, *Metapolítica. L'altro sguardo sul potere, Piombino, Ed. il Foglio, 2009*, batallando por darle un tratamiento académico a la metapolítica. Y así liberar a la disciplina de los fantasiosos y fanáticos creadores de mitos inconducentes. Entre estos últimos podemos ubicar, sin temor a equivocarnos, a Alain Badiou o Daniel Estulin (ruso-lituano)¹⁵.

Y es a propósito de un seminario que dictaremos en septiembre y octubre vía Zoom, basado en mi publicación *Metapolítica, después de un cuarto de siglo*, que el profesor Gambescia escribió dos largos artículos sobre mi pensamiento con relación a la disciplina: «La “metapolítica del canon” de Alberto Buela» y «El concepto de disenso en Alberto Buela». Y a ellos me voy a referir.

Distingue el primero entre metapolítica como ciencia o teoría, y como práctica o acción. Y afirma: «En Buela se puede distinguir una fase más, por así decirlo, de síntesis: en el sentido de poner la heurística al servicio de la transformación política, de la acción».

Es sabido que la heurística en su primera acepción es considerada



¹⁵ Badiou, Alain: Compendio de metapolítica, Prometeo, Bs.As. 2009. Estulin, Daniel: Metapolítica, Ed. Botas, México, 2020. Estulin, Daniel: Metapolítica, Ed. Botas, México, 2020.

como el arte de inventar, pero más propiamente es un método para hacer avanzar el conocimiento. O mejor aún, un conjunto de técnicas útiles para resolver problemas.

Pero esta heurística mía exige una hermenéutica, una interpretación valorativa que, finalmente, tendría que desembocar en la acción. Esto es, en la transformación política del statu quo vigente de la comunidad política.

Y esto, observa muy bien Gambescia, es un riesgo: «en la teoría metapolítica de Buela, que tiene el tremendo encanto del río en crecida, que corre el riesgo de convertir la heurística en hermenéutica»; porque, comentamos nosotros, corremos el riesgo de dejar de hacer ciencia para hacer opinión. Para dar lugar al capricho subjetivo del investigador.

Este es el punto crucial del comentario del sociólogo romano: ¿Cómo hacer ciencia desde la hermenéutica sin caer en subjetivismo?

Y lo reconoce a renglón seguido:

«Se trata de una tensión que, indudablemente, existe no solo en el pensamiento de Buela. Porque se refiere a la ontología del conocimiento, a la relación entre pensamiento y acción, entre ciencia e interpretación y, por lo tanto, de la hermenéutica en función de la acción.

Una condición que afecta a todos los estudiosos en cuanto seres humanos. Y por tanto es comprensible.

Sin embargo, en el plano de la institucionalización de la metapolítica, su reconocimiento impone, para evitar que la cuerda cognitiva se rompa, el respeto de dos puntos fundamentales».

Centrarse en lo que histórica y sociológicamente se repite: las regularidades en una dialéctica entre Comunidad y Sociedad; Autoridad y Poder; Estado y Clase; Sagrado y Trascendente; Alienación e Integración.

Y ceñirse a las cosas como son, a las regularidades metapolíticas.

Estas regularidades metapolíticas que nosotros encontramos hoy, *hic et nunc* [aquí y ahora], en la tensión dialéctica entre consenso-disenso; derechos humanos-derechos de los pueblos; progreso-decrecimiento; memoria-historia; pensamiento único-pensamiento disidente; pluralismo-relativismo; globalización-ecúmenes; multiculturalismo-interculturalismo; crisis-decadencia, etc. Estas son las grandes categorías, son el objeto propio de la metapolítica. Pues son ellas las que terminan condicionando la acción política de los gobernantes o elites de turno.

Quisiera ahora hablar, telegráficamente, sobre los rudimentos de lo que significa la hermenéutica para nosotros y para ello nos tenemos que remontar, modernamente, a Federico Schleiermacher (1768-1834), autor de la teoría hermenéutica moderna en 1805/9/10/19, quien sostiene que es tanto una teoría de la comprensión como de la interpretación. Hay que tener en cuenta el contexto del discurso y del escritor, y el intérprete tiene que compartirlo conociendo la lengua y su contexto histórico y social. Schleiermacher agrega al texto clásico de Aristóteles Peri Hermeneias, el aspecto emotivo y sociopolítico. Se ubica en el período de la Ilustración y el Romanticismo. Fue el fundador de la Universidad de Berlín y el primer ideólogo del humanismo cristiano.

El objeto de la hermenéutica, afirma Schleiermacher, es comprender a un autor mejor de lo que él se comprendió a sí mismo. Un ejemplo argentino es el del mayor metafísico nuestro, don Miguel Ángel Virasoro, con su traducción del *El ser y la Nada*

de Sartre, que le hizo comprender al francés mejor de lo que él se había comprendido, según palabras del propio Sartre.

Y así, inaugura el «círculo hermenéutico de texto o contexto-autor-comprensión», donde el intérprete tiene que ponerse en el lugar del autor y su contexto. De equipararse a él. Conocer es esencialmente comprender. Aparece entonces un segundo círculo hermenéutico entre filosofía, filología y lenguaje.

El segundo autor al que debemos recurrir para poder explicarnos la hermenéutica, es un contemporáneo nuestro, Hans-Georg Gadamer (1900-2002), quien produjo una renovación de la hermenéutica.

Para entender la hermenéutica de Gadamer tenemos que tener en cuenta dos elementos principales: el sentido del texto y la verdad del texto.

Por sentido del texto se entiende el conocimiento científico-descriptivo que de un texto cualquiera tenemos. La ciencia con sus métodos, ya sean históricos como filológicos, nos dice cuál es el sentido del texto.

Por verdad del texto se entiende el conocimiento a que nos lleva la hermenéutica. Solo hacemos hermenéutica de un texto o contexto cuando intentamos comprender la verdad del mismo.



El gaucho como símbolo de la metapolítica

Así, quien no ve la verdad del texto, para Gadamer, no ha visto su sentido. Solo comprendemos su sentido cuando hemos comprendido su verdad. Por ejemplo: «Es preferible sufrir la injusticia que cometerla» o «es preferible vivir en la patria que en el extranjero». Quien entiende el sentido de este texto o contexto y no acepta su verdad, ¿ha comprendido su sentido? Evidentemente no. ¿Se puede considerar este texto o contexto objetivamente, desvinculándose de su verdad? Obviamente no, afirma Gadamer.

Existen, pues, dos criterios de verdad en la hermenéutica-disidente que proponemos nosotros: a) la evidencia, lo que de suyo no necesita prueba y que está ahí, presente, y que solo debemos describir en forma acabada; y b) la verificación intersubjetiva, para evitar que nuestra subjetividad nos engañe.

Como se puede apreciar, en todo esto aprovechamos las enseñanzas de Franz Brentano y de la fenomenología inventada por él.

La metapolítica, en mi opinión, realiza esto: investiga con arte, con creación, resolver problemas que no están en los manuales de filosofía política, que son los que presentan las grandes categorías de uso actuales, y concluye con la comprensión de la verdad de los problemas.

Teniendo en cuenta siempre la observación final de Gambescia: «atenerse a las cosas como son y no como deberían ser desde el punto de vista de los diferentes y fantasiosos evangelios sociales».

En definitiva, la metapolítica así como no puede ser una metafísica de la política —error que cometió Dilthey—, tampoco puede ser una ética de la política. Tampoco es filosofía política que se ocupa de «lo político», sino que es un «más allá» que debe ser interpretado como «un más acá» de la política.

Como afirma poéticamente Monserrat Álvarez desde Paraguay: «Con el término metapolítica quiero referirme a los conceptos subconscientes de la política. A la búsqueda, a la investigación detectivesca, del fundamento implícito bajo la epidermis de los hechos que llamamos políticos»¹⁶.

Disenso

Respecto del segundo artículo sobre el disenso, comienza el sociólogo Carlo Gambescia afirmando, como lo hizo en metapolítica: «El disenso, que se divide en teoría y en práctica como forma de relación (en el sentido de la producción de consecuencias), es un hecho social de gran importancia porque incide en la división social del trabajo [...] hay que distinguir entre el disenso teórico, sobre las ideas, sin consecuencias inmediatas, como suele ocurrir cuando un argumento, incluso polémico, desaparece en las brumas del discurso público; y el disenso práctico, con consecuencias inmediatas, como en el caso de los trabajadores que entran en huelga».

Y está muy bien, pues desde el punto de vista sociológico, como dice mi amigo Carlos Tonelli, estudioso del tema: «la huelga (para seguir su ejemplo) sin duda es una manifestación del disenso de los trabajadores, pero no es el disenso en sí... Si mato, no estoy “disintiendo prácticamente” con el otro, estoy realizando otra cosa, distinta del disenso, estoy cometiendo un homicidio. El homicidio, la huelga, no son disensos prácticos, tienen otra naturaleza».

Esta distinción entre disenso teórico y práctico puede ser útil a la sociología, pero es estéril a la metapolítica.

No es lo que nosotros pretendemos con Teoría del disenso¹⁷, donde intentamos presentarlo desde el punto de vista filosófico como una dimensión existencial de todo hombre en la afirmación y preferencia de sí mismo.

Es por ello que proponemos una hermenéutica-disidente como método más apropiado de la metapolítica. Si bien es cierto que este método no posee el rigor de las ciencias duras —no es exacto—, me conformo con que sea riguroso, característica

¹⁶ ÁLVAREZ, MONTSERRAT: «Metapolítica: la fábrica de los hechos», Diario *ABC*, Asunción, Paraguay, edición del 17/12/2017.

¹⁷ *Teoría del disenso*, Primera ed. Theoria, Buenos Aires, 2005. Segunda ed. Fides, Barcelona, 2016. Tercera ed. Nomos, Bs. As., 2020. Cuarta edición Ignacio Carrera Pinto, Santiago de Chile, 2020.

que las ciencias sobre el obrar humano no deben perder de vista. Si hurgamos en la historia de las ciencias, esto no es más que una variación de los endoxa de Aristóteles.

Por su parte, Gambescia nos acompaña con su afirmación: «el disenso-conflicto es una regularidad metapolítica que se repite en la historia». «Otra regularidad metapolítica es la distinción entre institución y movimiento». Pero objeta que «la disidencia, que si se “prescribe”, se vende y se consume en dosis masivas puede envenenar y matar...”».

Por lo que reclama una disidencia respetuosa de la experiencia histórica y sociológica, pues no hay que olvidar que «en cada disentimiento se puede ver un futuro defensor de las instituciones».

Carlo Gambescia es un sociólogo serio y riguroso que exige una metodología científica lo más alejada posible del subjetivismo y de la ideología política. Es un realista político que me llama la atención para que no salga de los cauces del razonamiento ponderado. Y en este sentido, le estoy muy agradecido.

V. ALBERTO BUELA Y CARLO GAMBESCIA

Una síntesis del contrapunto sobre la metapolítica

Si tuviera que indicar un punto de conexión entre mi investigación metapolítica, de humilde sociólogo italiano, y la de Alberto Buela, brillante filósofo argentino, no podría más que verlo en el común intento de reconducir la metapolítica al cauce de una seria investigación científica.

¿Por qué «reconducir»? Por la sencilla razón de que en el debate contemporáneo —simplificando—, la metapolítica o se presenta como una pomposa ética de la política, a veces incluso de tipo religioso, o se reduce a una grosera metapolítica de la acción, y por lo tanto se pone al servicio de una pura y simple ideología organizativa.

En cambio, Buela ha comprendido bien la importancia del fundamento teórico para cualquier disciplina que aspire a declararse científica.

¿De qué modo desarrolla Buela su intención?

Introduciendo, en el ámbito de la investigación metapolítica, el concepto de «pensamiento de disenso», basado en la disidencia hermenéutica. Un enfoque, por un lado, sostenido por la hermenéutica como vínculo entre el sentido y la verdad de y en la búsqueda metapolítica; y por el otro por el concepto de disenso, que toma su camino desde algunas disyuntivas (consenso y disenso; derechos humanos y derechos de los pueblos; progreso y decrecimiento; memoria e historia; pensamiento único y pensamiento de la disidencia, etcétera), basadas en la distinción metapolítica que remite, grosso modo, a una precisa regularidad de las regularidades: aquella entre comunidad y sociedad.

En cierta medida, en su pensamiento la regularidad disenso-consenso (que remite a la heurística metapolítica: la caja de herramientas de las regularidades), se transforma en un momento hermenéutico fundamental. El sentido dado por la existencia de regularidades y, por lo tanto, también el del disenso-consenso que se transforma, de parte del disenso, en disenso hermenéutico.

El punto fundamental, para evitar que la ideología se convierta en verdad y la heu-

rística en pura y simple técnica de control social, sigue siendo el de la búsqueda de la verdad, que es cosa muy distinta de la opinión, como bien sabe Buela, buen estudioso de Aristóteles.

¿Pero qué verdad?

Aquí, sobre este punto específico, creo que la verdad a buscar es la de los hechos. Por lo tanto, distinta de la metafísica. Hechos en el sentido de la naturaleza cíclica, si se quiere repetitiva, fáctica, de las formas metapolíticas, entre las cuales destaca la forma-disenso como opuesto de la forma-consenso: una regularidad, si se quiere polaridad metapolítica, que encontramos en todo el camino de la historia humana.

Lo que indica, repito, que se está ante un «hecho», una dinámica inmanente, sobre todo algo no transitorio que permanece en términos sencillos.

En resumen, el disenso y el consenso no pueden ser expulsados de la historia con un golpe de varita mágica. Obviamente, el consenso y el disenso, en cuanto a sus contenidos, se refieren a las diversas articulaciones históricas y sociales. Al «contexto» del texto antropológico como comportamiento real, por decirlo en términos hermenéuticos. «Contexto» que debe ser interpretado.

El punto real es que el hermeneuta, el intérprete, debe ser tan científicamente virtuoso que no superponga sus propios valores (como sujeto) a los hechos estudiados (objeto). Esto requiere un gran compromiso de objetividad.

Doy un ejemplo. Un investigador que no ama el mundo moderno y sus valores y, por tanto, que no aprecia las formas liberales de gestionar el consenso mediante procedimientos constitucionales precisos, podrá hablar de consenso gestionado desde arriba, disfrazado, es decir, de una forma hipócrita de control social; nada nuevo bajo el sol. Mientras que un investigador que ama el mundo moderno y sus valores, verá en la gestión liberal del consenso un paso hacia un mundo más civilizado y tolerante. Un progreso, aunque tímido.

Se me ha hecho notar que la huelga, que en las democracias industriales modernas es una modalidad práctica de disenso reconocida en los códigos liberales (modalidad teórica), no tiene nada en común con el verdadero disenso (teórico), porque durante la huelga se cometen asesinatos.

Lo cual puede ser cierto en algunos casos, pero un buen hermeneuta capaz de vincular el sentido (la caja de herramientas, la heurística) y la verdad (pero la verdad de los hechos), sabe bien que la huelga violenta e incluso la marcada por el asesinato, remite a una realidad en la que los códigos liberales del derecho de huelga, aunque estén en vigor, todavía está lejos de ser aceptada tanto en las mentes como en los comportamientos, tanto por los empresarios, que ven en el «huelguista» un revolucionario al que hay que aplastar, como por los trabajadores, que ven en el empresario un puro y simple explotador al que hay que eliminar por la fuerza.

Si al procedimentalismo liberal en materia de disenso se le puede atribuir un «mérito» o «ventaja» funcional, no se puede negar que esté representado por la transformación del enemigo en adversario. Por supuesto, esto no siempre ocurre, y el por qué no ocurre se explica por las regularidades metapolíticas; pero dicho esto, la tolerancia sigue siendo una importante idea regulativa de los sistemas liberales modernos. Esto no es poca cosa.

Esto es algo que un hermeneuta, atento al sentido y a la verdad de los hechos, no

puede dejar de tener en cuenta. Obviamente, esto debe hacerse sobre la base de una rigurosa objetividad, dote que no le falta al amigo Buela.

Max Weber, heredero del historicismo alemán y de una gloriosa tradición hermenéutica (también apreciada por Buela), consideraba que la tarea de los intelectuales, de los profesores en definitiva, no era la de alinearse con tal o cual ideología, sino la de indicar a quien lo interrogase no soluciones ya preparadas, sino cómo «darse cuenta del significado último de su propio obrar». El pasaje merece ser citado en su totalidad.

«Vale decir, nosotros [los profesores, ed.] podemos, más aún, debemos decirles: esta o esta otra posición práctica puede deducirse con íntima coherencia y seriedad, conforme a su significado, de esta o esta otra concepción fundamental del mundo [...], pero nunca de aquella o de aquella otra. Vosotros servís a este dios —por hablar en sentido figurado— y ofendéis a aquel otro, si os decidís por esta actitud. Porque llegaréis a estas y a estas otras consecuencias extrínsecas extremas e importantes si permanecéis fieles a vosotros mismos. Este trabajo [de aclarar los significados últimos de la acción individual en política, Ed] puede, al menos en principio, ser realizado [por el profesor, Ed]»¹⁸.

Ahora bien, el disenso hermenéutico, y en este punto creo que la coincidencia con mi amigo Buela es absoluta, no puede —es más, no debe— prescindir de esta preciosa indicación weberiana.

Por último, y creo que sobre este punto Buela también está de acuerdo, el nudo de la explicación metapolítica lleva a la cuestión de la inteligibilidad de los hechos. De la comprensión, que no es justificación ni menos aún participación. Sobre este punto remito, también terminológicamente, al debate alemán sobre el historicismo¹⁹.

Hablo de un acto cognitivo que no deriva de la intuición o empatía del observador con respecto al fenómeno observado, sino de la interpretación, y por lo tanto de la hermenéutica, que a nuestro juicio consiste históricamente en reconstruir racionalmente el mundo en el que vive el actor histórico y social investigado. ¿Pero cómo? Recurriendo a las regularidades metapolíticas como modelos disposicionales, en el sentido de cómo el hombre está dispuesto seriamente en términos de posibilidades de comportamiento, dadas ciertas situaciones históricas y sociales.

Esto significa que las regularidades metapolíticas son, en el plano de la metaciencia, proposiciones que plantean hipótesis de tipo conductual, en el sentido de que —repito— en ciertas situaciones es posible, por lo tanto no se dice que sea probable, que los hombres se comporten según ciertas regularidades metapolíticas.

Por ejemplo, es posible que una huelga en el marco del disenso práctico, ligado al procedimentalismo liberal, no acabe en un derramamiento de sangre. Asimismo, siempre en el mismo contexto, es igualmente posible, pero no probable, que las balas sean sustituidas por urnas. Ello remite a la regularidad disenso-consenso, contextualizándola sin embargo precisamente en clave hermenéutica, clave que nos remite al constitucionalismo liberal y a sus principios reguladores.

Obviamente, lo que se acaba de decir remite a otra serie de problemas: el de la relación entre causa y efecto en las acciones sociales, que no es el mismo que el de las «ciencias duras», como señala Buela; el de la relación entre las acciones individuales

¹⁸ WEBER, MAX: «Il lavoro intellettuale come professione», nota introductoria de Delio Cantimori, Einaudi, Torino 1980, p. 36.

¹⁹ Véase ROSSI, PIETRO: *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Einaudi, Torino 1971, 2º ed. Asimismo, aunque bastante crítico, ANTONI, CARLO: *Dallo storicismo alla sociologia*, Sansoni, Firenze 1973, 1º ed., ivi 1940.

y la heterogénesis de los fines colectivos; eso que resulta de la observación anterior: de la relación entre las intenciones sociales, incluso las más nobles, y la miseria de los resultados finales. Y así sucesivamente.

El verdadero nudo teórico, si se quiere el verdadero desafío de la metapolítica, está en el hecho de que los hombres hacen la historia y por lo tanto recurren a los medios, pero hacen una historia de la que no conocen más que cosas hechas. Por lo tanto, incluso cuando hacen historia basándose en las intenciones, incluso las más nobles, y por lo tanto apuntando a ciertos fines moralmente justificables, el riesgo de lograr resultados contrarios a los perseguidos es siempre posible, en muchos casos incluso probable. Por supuesto, en retrospectiva.

Pensemos, solo por citar algunos ejemplos muy conocidos en la historia romana, en particular de la República, que construyó un Imperio sin saberlo, incluso reivindicando los valores de la República ya superados por los hechos. U otro ejemplo, en el ascenso del cristianismo, fundado en el sermón de la montaña y culminado en la destrucción de los templos paganos.

He aquí la metapolítica, punto en el que creo que Buela está de acuerdo: es un saber que estudia los medios como los fines, pero distanciándose hermenéuticamente de unos y otros, según el dictado weberiano.

Lo que, repito, no es ninguna broma; Weber estaba agotado, incluso psíquicamente. Pero, para decirlo con los antiguos geógrafos, *hic sunt leones* [aquí hay leones]. Por lo tanto, debo detenerme aquí.

Agradezco al amigo Alberto Buela por el interesante contrapunto que se distinguió por un altísimo nivel cultural, más por mérito suyo que mío.

Contrapunto de ideas sobre la metapolítica en el que, a mi juicio, los puntos de concordancia superan a los puntos de discordia o de crítica. Lo cual, particularmente en estos tiempos, no es poca cosa. Gracias, Alberto. ●

UNAMUNO CONTRA LA REVOLUCIÓN IZQUIERDISTA

JESÚS LAÍNZ

La vida de Miguel de Unamuno comenzó con una guerra civil y concluyó con otra. Pues, nacido en Bilbao en 1864, le tocó sufrir el asedio carlista en el invierno de 1874, experiencia infantil que inspiraría su primera novela, *Paz en la guerra*. Y el destino le tenía preparado fallecer la nochevieja de 1936, recién estallada una nueva guerra civil que atormentaría sus últimos meses de vida.

Opuesto al incipiente bizkaitarrismo sembrado por los hermanos Arana, ingresó en 1894 en las filas socialistas bilbaínas y colaboró con artículos de opinión en el periódico *La lucha de clases*. Pero sus simpatías por el socialismo fueron atenuándose hasta que tres años después lo abandonó desengañado.

Reflejó su antimonarquismo en numerosos artículos, como los publicados en 1918 en el periódico *El mercantil valenciano* que le valieron una condena a dieciséis años de prisión y una fuerte multa por acusar al monarca y a su regia madre de no ser más que marionetas de los recién vencidos Hohenzollerns y Habsburgos en contra de los intereses de España, condena de la que fue indultado para, aprovechando la ocasión, dar a Alfonso XIII un baño de benevolencia.

Por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera, acabó desterrado en Fuerteventura en 1924, desde donde no se privó de escribir cartas a sus amigos calificando al dictador de mentecato, borracho y putero. Tras unos pocos meses en la isla llegó el indulto, pero Unamuno prefirió establecerse en Francia a regresar a España.

Destituido Primo de Rivera en 1930, Unamuno regresó a tiempo para asistir a los últimos coletazos de la monarquía. Se presentó a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 por la Conjunción Republicano-Socialista. Elegido concejal, le cupo el honor de proclamar la República desde el balcón del ayuntamiento salmantino celebrando el comienzo de una nueva era y la conclusión de «una dinastía que nos ha empobrecido, envilecido y entontecido».

Dos semanas después, el 1 de mayo, Unamuno desfiló al frente de la manifestación obrera junto a Prieto y Largo Caballero. Salió elegido diputado como independiente por la Conjunción Republicano-Socialista y se distinguió en los debates constitucionales, fundamentalmente en lo relativo al estatuto catalán, con el que fue muy crítico por considerar que privaría de derechos a los no nacionalistas, y a la oficialidad de las lenguas regionales, a la que se opuso con rotundidad, sobre todo para la enseñanza. En la votación para elegir presidente de la República, para la que contó con el apoyo de un nutrido grupo de escritores como Salinas, Guillén, Bergamín y Diego, se llevó el chasco de obtener solamente un voto, al igual que Ortega, resultados ridículos en comparación con los 362 del vencedor, Niceto Alcalá-Zamora.

Además de recuperar el rectorado de la Universidad de Salamanca del que había sido destituido por Primo de Rivera, fue nombrado presidente del Consejo de Instruc-

ción Pública y ciudadano de honor de una República para cuyo advenimiento él siempre presumió de haber contribuido más que nadie debido a sus incesantes escritos contra Alfonso XIII, su reclusión en Fuerteventura y su posterior exilio voluntario en Francia.

Pero su descontento por el nuevo régimen no hizo más que crecer ya desde los debates constitucionales. «Aquellas Constituyentes de nefasta memoria. Dios nos perdone», las calificaría cuatro años después. Nunca pudo ocultar Unamuno su desprecio por el Parlamento:

A veces vibra la Cámara bien; pero otras... otras es el aullar de una jauría de perros lobos que en las tinieblas barrunta la presa.

En una entrevista concedida a *La Voz* en agosto de 1931, señaló a separatistas y comunistas como los principales causantes de la «situación caótica» que ya en fecha tan temprana empezaba a vislumbrar:

¡Qué majaderos son los separatistas! Cualquier aldehuela nos demandará el mejor día su estatuto. Son los separatistas una cuadrilla de literatos fracasados compuesta de locos y de vanidosos. No saben lo que piden. La única petición clara es que quieren ser guapos. Y la majeza es una endemia muy española. Y el comunismo es la enfermedad de moda. Si a la majeza del separatismo le llamamos endemia, llamémosle epidemia a la de esos señoritos denominados comunistas españoles. Estos últimos aún son más locos, más vanidosos, más ignorantes y más literatos fracasados que los primeros. A unos y a otros se les puede aplicar exactamente la terminación de uno de los pensamientos de Maquiavelo: Doy la vida por la vanidad.

El 25 de noviembre de 1932 pronunció una sonada conferencia en el ateneo madrileño en la que manifestó, como ya habían hecho otros artífices republicanos como Ortega y Marañón, su desilusión:

Vengo como quien va a un sacrificio, con el ánimo bastante deprimido. He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su República.

Así comenzó un discurso en el que fue desgranando las numerosas taras que encontraba en el régimen por el que tanto había trabajado. Para empezar, reprochó que Azaña, con su célebre frase sobre la primera oleada incendiaria de mayo de 1931 («todos los conventos de Madrid no valen la vida de un republicano»), abriera la espita de la violencia «aceptable» por ser ejercida por «buenos republicanos». Continuó denunciando que la Ley de Defensa de la República, con su secuela de arbitrariedades y cierres de periódicos de la oposición, otorgaba a los ciudadanos menos instrumentos de defensa que la Inquisición. Y dedicó especiales ataques a los estatutos de autonomía y a «esa monserga de la personalidad diferencial de las regiones»:

El autonomismo cuesta caro y sirve para colocar a los amigos de los caciques regionales. Habrá más funcionarios provinciales, más funcionarios municipales; habrá un Parlamento y un Parlamentito. Es decir, existirá una enorme burocracia. En vez de una República de trabajadores vamos a hacer una República federal de funcionarios de todas clases. Dios quiera que vuestros hijos encuentren en esa nueva sociedad que se acerca las satisfacciones que yo no podría encontrar. ¡Que esa República federal de funcionarios de todas clases encuentre un ideal! No es lo que yo soñaba. ¡Qué le vamos a hacer! Presencio con tristeza que ha desaparecido toda serenidad. Yo sirvo a un sentimiento de justicia, y me aterra que con otros se cometan injusticias. No me gusta eso, no quiero llevar dentro de mí un alma de déspota.



Dibujo de Unamuno

No eran pocos ni insignificantes los que compartían en aquellos días las críticas de Unamuno, entre ellos el ferviente republicano Antonio Machado:

La cuestión de Cataluña, sobre todo, es muy desagradable. En esto no me doy por sorprendido, porque el mismo día que supe el golpe de mano de los catalanes lo dije: los catalanes no nos han ayudado a traer la República, pero ellos serán los que se la lleven. Y en efecto, contra esta República, donde no faltan hombres de buena fe, milita Cataluña. Creo con don Miguel de Unamuno que el Estatuto es, en lo referente a Hacienda, un verdadero atraco, y en lo tocante a enseñanza, algo verdaderamente intolerable.

Todos estos y muchos otros desacuerdos, unidos a su enorme desprecio por Azaña («No hay nada más peligroso en política que un resentido con talento»), llevaron a Unamuno a no presentarse a las elecciones de 1933 y a centrarse en su actividad académica. En mayo de aquel año presentó su dimisión como presidente del Consejo de Instrucción Pública por su oposición a un proyecto de enseñanza que juzgó fanáticamente anticlerical y demasiado complaciente con las exigencias de los catalanistas.

La creciente violencia política le atormentaba por considerarla anunciadora de tragedias. Así, el 29 de septiembre de 1934, una semana antes de que el PSOE y la Esquerra desencadenaran la revolución, pronunció estas agoreras palabras con motivo de su jubilación como catedrático:

Y ahora, estudiantes míos, tengo que deciros otra cosa. Sería congojoso que os ejercitarais en el abuso de las armas de fuego —o de las llamadas blancas— y que las escondierais en el mondado libro de matute, pero más congojoso será que os dejéis ganar del ejercicio de otras armas peores. Me refiero a las de la calumnia, la injuria, la insidia y el insulto de que tanto empiezan a abusar vuestros mayores. Os están enseñando a calumniar, a injuriar, a insultar a la generación de vuestros padres y abuelos. Os están incitando a despreciarlos. Os están incitando a renegar de los que os dieron vida. Vosotros, estudiantes españoles, que os ejercitáis en la investigación científica, histórica y social, en la dialéctica —escuela de tolerancia y de comprensión de la concordancia final de las discordias; de la coincidencia de las oposiciones, que dijo el Cusano—, vosotros tenéis que enseñar a vuestros padres —a nosotros— que esa marea de insensateces —de

injurias, de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos— no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvadnos de ella, hijos míos. Os lo pide al entrar en los setenta años, en su jubilación, quien ve en horas de visiones revelatorias rojores de sangre y algo peor: livideces de bilis. Salvadnos, jóvenes, verdaderos jóvenes, los que no mancháis las páginas de vuestros libros de estudio ni con sangre ni con bilis.

Tres meses y dos mil muertos más tarde, el 6 de enero de 1935, día de Reyes, Unamuno dirigiría esta alocución a los niños españoles en nombre del presidente de la República:

Os hemos dado mal ejemplo, muy mal ejemplo, y estamos avergonzados de ello. No sé si también arrepentidos. Nos figuramos que nuestros juegos son más serios que los vuestros porque en los nuestros se matan los jugadores. Hay muchos de nosotros que quieren enseñaros nuestros juegos. ¡Decidles que no! [...] Decidles que las escuelas de España deben ser la verdaderas Casas del Pueblo, y que no queréis que entren en ellas nuestros malditos juegos de guerra civil.

Con el paso del tiempo, los síntomas no hicieron sino agravarse. El 7 de junio de 1936 publicó en el diario madrileño *Ahora* un artículo, titulado «Ensayo de revolución», en el que describió la violencia contra unos jueces por parte de las hordas revolucionarias:

Hace unos días hubo aquí, en Salamanca, un espectáculo bochornoso de una Sala de Audiencia cercada por una turba de energúmenos dementes que querían linchar a los magistrados, jueces y abogados. Una turba pequeña de chiquillos —hasta niños, a los que se les hacía esgrimir el puño— y de tiorras desgrenaadas, desdentadas, desaseadas, brujas jubiladas [...] Y toda esta grotesca mascarada, retó a la decencia pública, protegida por la autoridad. La fuerza pública, ordenada a no intervenir sino después de... agresión consumada. Método de orillar conflictos que no tiene desperdicio.

Un mes después, el 3 de julio, a sólo dos semanas del asesinato de Calvo Sotelo y el estallido de la guerra, Unamuno denunció el insoportable clima de violencia sembrado por el Frente Popular. Para ello contó tres anécdotas —«frutos de la tan cacareada revolución»— de las que había sido testigo. La primera, la de un zángano que había manoseado a una joven que paseaba acompañada por su familia. Cuando su padre le reprendió, el aguerrido mocetón se puso a gritarle «¡Fascista, fascista!», ante lo que la familia tuvo que escabullirse para evitar ser aporreada por los compinches del otro. La segunda, la de un gamberro que, censurado por un guardia por hacer sus necesidades en la calle, se irguió amenazante espetándole «¡Que soy del Frente Popular!». Y la tercera, la de unos niños de unos doce años que irrumpieron en una iglesia chillando puño en alto «¡Maldito sea Dios!» y «¡Hay que darles unas hostias!».

Unamuno achacó estos sucesos, «y muchos más de la misma laya» a la «barbarie, zafiedad, soecidad, malos instintos y estupidez» de la que se aprovechaban los doctrinarios izquierdistas «para hacer comulgar con ruedas de molino soviético a los papantatas que les leen». Y aprovechó para dejar bien claro su desprecio por la República y su arrepentimiento por haberla apoyado:

Cada vez que oigo que hay que republicanizar algo me pongo a temblar, esperando alguna estupidez inmensa. No injusticia, no, sino estupidez. Alguna estupidez auténtica, y esencial, y sustancial, y posterior al 14 de abril. Porque el 14 de abril no lo produjeron semejantes estupideces. Entonces, los más que votaron la República ni sabían lo que es ella ni sabían lo que iba a ser esta República. ¡Que si lo hubiesen sabido...! ●

12 OCTUBRE 2023

HISPANIDAD

PAULA ALONSO

(Buenos días a todos: flechas, arqueros, cadetes, mandos, dirigentes, padres, amigos y camaradas y simpatizantes del Hogar Nueva España en general. Feliz día de la Hispanidad y feliz día de la Virgen del Pilar).

Permitid que me dirija hoy de manera especial al Grado de Cadetes, no sólo porque es su día, su fiesta, su HISPANIDAD: felicidades. También porque es el grado que recuerdo con más cariño, en el que más he aprendido y en el que más he crecido, tanto como cadete como como mando, mis mejores campamentos, experiencias, amistades... Se han forjado ahí.

Por supuesto que he disfrutado mucho (muchísimo) siendo flecha y aprendiendo sobre Guanahaní (de hecho sigue habiendo un video de YouTube circulando por ahí que demuestra lo bien que nos lo pasábamos haciéndolo el indio, nunca mejor dicho...) y siendo arquera y picándome al máximo en las competiciones de escuadra o llenándome de barro hasta el cuello en las pistas americanas. Pero lo que compartes cuando te sueltan por la noche en medio de la montaña, cuando te toca cavar zanjas bajo la



llovía de madrugada o cargar más que tu propio peso en la espalda... Une de forma diferente. La sensación de mirar a tu alrededor y pensar en lo afortunada que eres viendo el amanecer desde el Circo de Gavarnie, tras llevar cuatro días sin ver un baño, es indescriptible.

Recuerdo haber escuchado muchos pregones, pero no recuerdo el contenido de muchos de ellos. Recuerdo dormirme siendo flecha, mirando la comida y pensando en cuándo iba a terminar. Intentar seguirlo siendo arquera, perderme a la mitad y ponerme a mirar el techo. También recuerdo ser cadete o mando y sentir que necesitaba más, que se me quedaba corto. Y ponerme a pensar, ponerme a pensar mucho. Ojalá hoy como mínimo consiga haceros parar y pensar un poco.

Cuando la Jefa de Hogar me pidió que diera este pregón, sentí una mezcla de emoción y nervios. Quería hacerlo bien, sin irme por las ramas; quería decir muchas cosas, pero también que quedaran claros algunos mensajes clave, sencillos. En realidad, sé que lo que Ana quería, eran buenas frases para poder utilizar como artículos primeros en las órdenes del día, así que espero darte un par de esas también. Pero ante todo, gracias por confiar en mí, porque para la Paula que miraba la comida y el techo los 12 de Octubre, es todo un honor poder hacer esto hoy.

Ana recordaba un texto que escribí hace unos cuantos años, cuando estaba viviendo fuera de España y pasé mi primera Hispanidad fuera de casa. Antes de ese día no había faltado ni una sola vez a la cita. Además, menos de dos semanas antes, había sido 1 de Octubre de 2017 y los periódicos y televisiones internacionales se hallaban repletos de trozos de noticias, fragmentos de vídeos, medias verdades, comparaciones inexactas y artículos simplistas. Escribiendo esto, me he dado cuenta de que algunos de vosotros no sabrías ni andar en ese año, o quizá incluso ni hubierais nacido. Así que, para explicaroslo de forma sencilla, el 1 de Octubre de 2017 fue el día que algunos catalanes decidieron por su cuenta hacer un referendum ilegal para separarse de España.

Me encontraba rodeada de personas de otros países que me preguntaban: pero, ¿qué os pasa en España? Y eso me gustaría saber a mí, ¿qué nos pasa? ¿nos hemos vuelto idiotas?

Impotencia, rabia, frustración. Me dolió, me dolió mucho. Y últimamente, por desgracia, también me duele España. Me duele mucho ver que años después seguimos igual, incluso peor. Me duele que la gente olvide, que la gente tergiversar, que no se informe.

Me parece estupendo que existan ideas diversas, siempre que estén bien fundamentadas. Creo que debatir, es sano y necesario; escuchar las ideas de los demás nos ayuda a replantearnos o reafirmar las nuestras y nos enriquece. Pero siempre sin dar por hecho las cosas, preguntándonos los porqués y no creyéndonos todo lo que nos cuentan. Porque me duele ver cómo se les llena la boca a unos y a otros, utilizando palabras vacías, que significaron algo en otro tiempo y que carecen de contenido ahora.

No voy a negar que en ese momento lo pasé mal. Me tocó defender mis principios, debatir e incluso discutir con personas a las que conocía desde hace apenas unas semanas. Y fue muy duro. Porque es muy fácil defender tus ideas cuando estás rodeado de gente que piensa como tú, y que te apoya. Pero cuando sales de tu burbuja y te das cuenta de que el mundo es muchísimo más complejo de lo que siempre habías

creído, y de lo que estabas acostumbrado a vivir, la cosa cambia. Quizá os pase a vosotros también.

Es bastante fácil ser de la OJE los sábados, de 16:30 a 20:00, cuando te lo pasas bien. Lo difícil está en serlo siempre, independientemente de dónde o con quién estés. En el colegio, con tus amigos que no entienden por qué no quedas los sábados cuando eres flecha o arquero, y los que te hacen mil y una preguntas incómodas cuando eres cadete o mando. ¿Pero nadie dijo que esto fuera a ser fácil, no? A nosotros siempre nos ha gustado lo difícil. Os animo a ser valientes y a probar ser vosotros mismos en estos contextos, porque merece la pena ser fiel a uno mismo.

En fin, rápidamente llegué a la conclusión de que, en la inmensa mayoría de los casos, los mayores desacuerdos y posturas radicales vienen del desconocimiento.



Colón desembarca en La Española

Hace tiempo la ignorancia podría justificarse, pero hoy no. Aunque hay que saber buscar y filtrar, hoy en día la gran mayoría de la gente puede acceder a más información de la que es capaz de digerir con tan sólo hacer un click. Entonces, ¿por qué no lo hacemos?

Preparando este guión he leído mil artículos y noticias sobre la Hispanidad, su origen, su significado... Todos os sabéis de memoria la historia de cómo Colón llegó a América y os habrá tocado hacer bastantes reflexiones sobre el tema. Sólo os voy a dar un par de datos extra que me han parecido interesantes para no aburriros demasiado:

La primera vez que se habló de crear una fiesta nacional, fue en 1892 con un Real

Decreto firmado por la reina regente María Cristina, que declaraba «Fiesta Nacional» el 12 de octubre de 1892, en conmemoración del Descubrimiento de América.

La primera vez que el día de la Hispanidad se celebró en Madrid fue en 1935, en plena 2ª República.

Y en 1958 se declaró Fiesta Nacional el 12 de Octubre, con el nombre de día de la Hispanidad y la República Argentina extendió esta fiesta a todos los lugares del mundo de habla Hispana.

Pero muchos habían defendido ya la idea de la Hispanidad anteriormente; como Unamuno que habló de «Hispanidad y no Españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas (...)» o Machado, que se definió a sí mismo como «un Español consciente de su Hispanidad», sin dejar de lado a Maeztu, con su «Defensa de la Hispanidad» frente al entonces llamado «Día de la Raza» (que por cierto, me parece interesante mencionar que «raza» viene de raíz y de raya/línea, en el sentido del linaje, refiriéndose al origen, a la Historia que compartimos con todos los pueblos hispanos, y no meramente a los rasgos físicos).

Sin embargo, hemos llegado a tal punto que, en la época del año en la que deberíamos estar celebrando todo lo que tenemos en común, un porcentaje alarmante de españoles llena las redes sociales con mensajes diciendo «nada que celebrar», «nada de lo que estar orgulloso». Y yo creo que es una pena, ¿no? Qué lástima haber tenido la suerte de nacer en un país como el nuestro, vivir aquí a diario, y aún así estar tan ciego para no ver en España y los españoles un motivo de orgullo. Qué lástima ridiculizar y vandalizar a tus iguales, por seguir una moda y por puro desconocimiento.

Pues yo sí tengo muchas cosas que celebrar, muchas cosas por las que estar inmensamente agradecida y orgullosa.

Por haber nacido en un país en el que se me permite expresarme libremente, votar a mis representantes y tener una carta magna que protege mis derechos, algo que desgraciadamente hoy en día es un privilegio. Agradecida por poder estudiar y trabajar, por tener acceso a una sanidad de primera y a unos servicios públicos fantásticos.

Por poder comunicarme en mi lengua materna con más de 490 millones de personas (eso es más de DIEZ veces la población de España). La lengua de Cervantes, Machado, Quevedo, Bécquer, Lorca, Lope de Vega...

Por poder ver de cerca más de una decena de estilos arquitectónicos, desde el Acueducto de Segovia a la Mezquita de Córdoba, pasando por la Catedral de Burgos, los edificios de Gaudí y los más de 20.000 castillos que tenemos. (No por nada somos el tercer país del mundo con el mayor número de lugares declarados Patrimonio de la Humanidad).

Por poder disfrutar de nuestros ríos, montañas, mares e islas. Por respirar profundamente, después de haber hecho una marcha dura, mirar alrededor y pensar «¡qué bonita es España!». Porque, como decía Gregorio Marañón «Amo tanto a España, porque la conozco».

Por poder reconocer los rincones de nuestra tierra y los guiños a siglos de Historia en las pinturas de Goya, Velázquez, Sorolla, Zurbarán, Picaso o Dalí.

Hay muchas cosas que damos por supuesto. Y quizá no seamos conscientes de que todo lo anterior, no es fruto del azar. Es el fruto del trabajo de miles de españoles que, a lo largo de los siglos, han trabajado duro y dado su vida para que España sea un lugar mejor. Y creo firmemente que eso es algo de lo que estar orgulloso, porque eso

es España: cada persona que se levanta a diario para dar lo mejor de sí, y aportar su granito de arena. Gente de todos los rincones, como describía Miguel Hernández en su «Vientos del pueblo». Nuestra familia, amigos, conocidos y desconocidos. España eres tú, España soy yo, España somos todos.

Y por esto y muchas cosas más, me siento agradecida y afortunada, pero también responsable. Siento la responsabilidad de ser española, no solamente cuando me convenga, también cuando sea incómodo y difícil, siendo embajadores de nuestra tierra allá a dónde vayamos. Siento la responsabilidad de cuidar lo que me han dado, ya sea la lengua, la historia, la montaña o la ciudad, siendo consciente de que España es un país al que le queda mucho por avanzar y mucho por crecer, y de cuya historia puedo y quiero formar parte.



El Rey y la princesa saludan a la bandera

Y no, España no es perfecta, pero eso no me hace quererla menos. Por supuesto que hay problemas, por supuesto que los veo. Pero son precisamente estos defectos los que me hacen quererla más, y con más fuerza, y dar lo mejor de mí para que esta empresa común, que es de todos, mejore día a día. Si ya lo decía Otto von Bismarck, «España es el país más fuerte del mundo. Lleva siglos queriendo destruirse a sí misma y todavía no lo ha conseguido». Ojalá dejáramos de intentar destruirnos... ¿Os imagináis de lo que seríamos capaces si construyéramos algo todos juntos...? Una España a la que llamar HOGAR.

¿(Flechas) sabéis de dónde viene la palabra Hogar? (Arqueros...? Cadetes...? Javi...?). Viene del latín «focaris», «de fuego». Se llamaba así porque el fuego era el punto

central de la casa, alrededor del cual las familias se reunían. Pero no hacía falta tener una casa con paredes para reunirse alrededor de un fuego. Os habrán contado esta historia en los fuegos del campamento, cuando los pastores se reunían alrededor de una hoguera por las noches, para contarse qué tal les había ido el día y compartir.

Y es que eso es nuestro Hogar, el Hogar Nueva España. Un HOGAR, un REFUGIO, donde sentirte en casa, aunque pase el tiempo y cambien las paredes y el código postal. La esencia, lo que de verdad importa, es la misma. «La luz y el calor del Hogar», como dice la canción, permanece.

A veces comentamos de broma que «de la OJE no se sale», pero no nos equivoquemos. De la OJE se es. No se está. No se sale. Se es y punto. Y por eso entre otras cosas he sido incapaz de decirle que no a Ana, y estoy hoy aquí en vez de haberme ido de puente. Y tal vez es porque la OJE, y en especial el Hogar, nunca sale de ti. Las cosas que nos unen no sólo son muchas, si no que son muy fuertes. Es algo que se lleva dentro, y yo estoy muy orgullosa de poder llevarlo conmigo. Una vez me comprometí a cumplir once puntos que innegablemente han moldeado mi forma de ser y de actuar. Podremos modernizarnos y adaptarnos a los tiempos (basta con ver lo virales que son los tiktoks de los campamentos...), pero nunca perdemos de vista lo importante.

Gracias a todos y cada uno de los padres aquí presentes, incluyendo los míos, por apostar por este Hogar para formarme, por confiar en mis mandos para acompañarme y ayudarme a crecer. Es una alegría ver caras que, 30 años después (para los despistados, estaremos celebrando nuestro 30 aniversario en sólo unos meses...) siguen apostando por este proyecto.

Gracias a mis mandos, por dedicarme tiempo. Por contribuir a hacerme llegar a ser la persona que soy hoy. Por sacrificar sus planes de sábado para llevarnos al monte y enseñarnos a quererlo (y devolvernos siempre sanos y salvos, contra todo pronóstico).

Gracias a mis camaradas, que se han convertido en amigos, que se han convertido en familia, y que me han visto crecer y me han acompañado a cada paso del camino.

Gracias a los que fueron mis afiliados, especialmente a mis cadetes, por confiar en mí, dejaros guiar y continuar con la tarea. Es un orgullo veros aquí.

Gracias a todos los mandos y dirigentes, que siguen aquí día a día, aguantando el fuerte, yendo a contracorriente, devolviendo lo que habéis recibido y multiplicándolo con creces. Por haber superado una pandemia, un cambio de local y mil problemas más que no se ven a simple vista y que solamente los que estáis aquí, al pie del cañón, conocéis. Y por seguir teniendo ganas de más.

Y por supuesto, gracias a Ana. Por demostrarnos estos últimos años que el hogar somos todos, por haber sido un auténtico ejemplo del per ardua surgo, y haberlo sido con una sonrisa. Da gusto ver que esto continúa adelante, porque merece la pena. Y espero seguir celebrando con vosotros muchos más días de la Hispanidad.

Y bien, a fin de cuentas, como diría Unamuno ¿qué es la Hispanidad? Ah, sí yo la supiera... Aunque no, mejor es que no la sepa, sino que la anhele, y la añore, y la busque, y la presienta, porque es el modo de hacerla en mí.

Feliz día de la Hispanidad, Viva España, Vale Quien Sirve. ●



CAMPANAS DE VICTORIA

Fernando García Teresa
(18 de julio de 1945)

La campanilla azulada que
empañada de rocío estaba
cierta mañana era igual que
nuestro imperio:
azul, humilde, callada,
pero tocando a victoria
que siempre fue una campana
que se tiñe algo de luto
cuando la tarde la llama
y que se cubre de lágrimas
cuando llega la mañana,
es el luto de los muertos
y de madre son sus lágrimas.
Y cuando llega la aurora
repica una paz templada,
una paz que el horizonte
señala para mañana,
cuando amanezca en España.

Ya no toca más a muerto
la florecilla temprana,
ahora llora de alegría
cuando llega la mañana
la paz en el horizonte
y nos dice la campana:
Dios guarde a los españoles,
ya ha amanecido en España.

